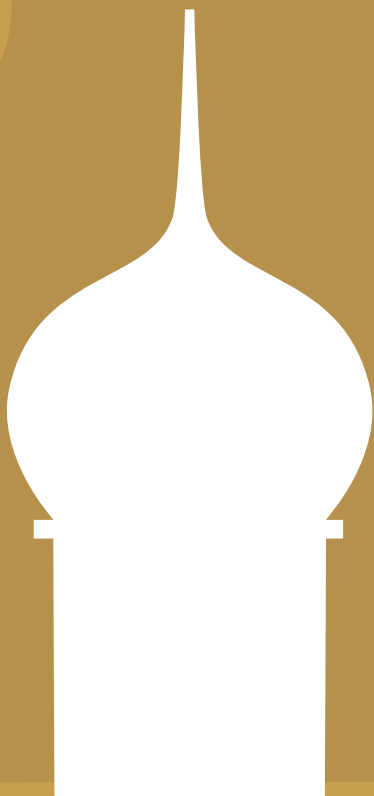


¡Adiós, bella Colombia!

Memorias del participante de la expedición soviética
por Colombia en el año de 1926

Yuri N. Vóronov



Sociedad Bolivariana de Colombia

*¡Adiós,
bella Colombia!*



¡Adiós, bella Colombia!

*Memorias del participante de la Expedición soviética por
Colombia en el año de 1926*

Yuri N. Vóronov

Traducción: Olga Bulova



Sociedad Bolivariana de Colombia

¡Adiós, bella Colombia!

Autor, Yuri N. Vóronov

Traductora, Olga Bulova

Sociedad Bolivariana de Colombia

Presidente, Miguel Santamaria Davila

Editor, William R. Fadul

Bogotá, Colombia

ISBN:

s.bolivariana@outlook.com

www.bolivarianadecolombia.org

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente, por ningún medio de reproducción sin consentimiento escrito del autor y el editor.

SOCIEDAD BOLIVARIANA DE COLOMBIA
2018-2021
Bogotá, Colombia

PRESIDENTE

Miguel Santamaría Dávila

VOCALES PRINCIPALES

Gral Juan Salcedo Lora
Cor. Ramiro Rincón Rincón
Myr. Ramiro Zambrano
Gral. Carlos Alberto Pulido
Juan Vitta Castro
Gral. José Roberto Ibáñez Sánchez
Antonio Cagua Prada
Gral. Belarmino Pinilla Contreras
Alfonso Guzmán Pinto

VOCALES SUPLENTE

Cor. Hernando Lozada García
María Helena Aristizábal De Giraldo
Cor. Gentil Almarío Vieda
Gral. Guillermo Diettes Pérez
Almte. Carlos Ospina
María Paulina Espinoza De López
Contralmte. Luis Carlos Jaramillo Peña
Gustavo Altamar
Cor. Manuel Moreno Riveros
William R. Fadul

BENEFACTORES EMÉRITOS

Gracias a sus aportes son posibles
todas las actividades en la Sociedad
Bolivariana de Colombia

José Alejandro Cortes Osorio
Andrés Uribe Crane
Rudolf Kling Fernández
Fermín Sanz de Santamaría
Klaus Vollert Jaimes
María Paulina Espinosa
Manuel Germán Agudelo
Leonor Leal González
Hernán Beltz Peralta
Pedro Vargas Gallo
Alfonso Guzmán Pinto
Alfredo Fernández Pineda
Juan C. Salazar Salazar
Rosario Mazuera Aya
Miguel Ángel de la Campa
Guillermo Arturo Suárez
Roberto Hoyos Botero
Jorge Cárdenas Gutiérrez
William R. Fadul
Mariana Patiño Osorio
Olga Giraldo Neira
Rodrigo Noguera Calderón
Jaime Posada Díaz
Gral. Mauricio Gómez Guzmán

ASESORES

Gral. Raúl Martínez Espinosa
Monseñor Juan Miguel Huertas
Enrique Gaviria Liévano
Carlos Holguín Sardi
William R. Fadul
Orlando García Herreros
María Clara Ospina
Alberto Abello
Elvira Cuervo de Jaramillo
orge Cárdenas
Coronel Alfredo Navas
Jean Claude Bessudo
Gral. José Jaime Rodríguez
Pedro Vargas Gallo
Klaus Vollert
Jorge Guzmán Moreno
Fernando Cortés McAllister
Jaime Santamaría
Eduardo Campo Soto
Germán Velandia
Mariana Patiño
Almte. Carlos Ospina Cubillos

CONTENIDO

¡ADIÓS, BELLA COLOMBIA!	10
PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN	11
PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN	14
NOTA DE LA TRADUCTORA	15
I. De Barranquilla a Bogotá	17
De Barranquilla a Bogotá (por el río Magdalena)	18
El oro de Cartagena	18
La trifacética Barranquilla	20
Patriarcal y pacífica	22
El financista policiaco	23
El Cisneros y sus barcas en el Magdalena	24
Un calor sofocante	25
La belleza impresionante del Magdalena	27
Entre mariposas multicolores y veneno sudado	28
El gran sapo que cura	29
Negros de bronce	29
La ¡serpiente! del alboroto	30
Situación crítica	31
Antioquia, Puerto Berrío y veinticuatro hermanos de sangre	32
El carácter caucano y los tolimenses	33
El reinado de las frutas	34
	37
II. Bogotá y sus alrededores	37
Proyecto discutido, proyecto archivado	38
«La Atenas suramericana» de los contrastes	40
Los indígenas como animales de carga	40
El lago de la leyenda	41
Bogotá (entre capillas) y el Salto del Tequendama	42
Entre los libros y el dólar	43
III. Desde Bogotá hasta el Amazonas	45
El policía poeta de la sabana	47
Condenados a morir	47
Olegario, el Implacable	48
Donde la vida se detiene	49
Cansancio más hambre	49
El loro en su valle	50
El devoto anfitrión de los ateos	51
«Marfil vegetal»	52

El gigantesco gusano de agua	53
Construcciones sin clavos	53
Plantas nunca vistas (y el escorpión)	55
El Salvarsán de París	56
IV. Entre los indígenas del Amazonas Colombiano	57
Isaac y los huitotos	59
La curiosidad del cacique	62
Brazaletes aromáticos	62
La cerbatana mortífera	63
Frutas, semillas, raíces y mujeres	64
Los sicarios del senador	66
La coqueta deportada	67
El poderoso yagé del coronel	68
Conjuros entre chamanes	70
Congas y sanguinarias tambochas	71
El tenis indígena	72
<i>La veinticuatro</i> y sus víctimas	73
Los 36 colmillos del jaguar	74
Las inundaciones católicas	75
La «sequía» de las lluvias	76
Una lección merecida	77
Las enfermedades que cura don Pachó	78
La aldea de los huitotos	79
El telégrafo de maguaré	80
Poderosos caciques se engalanan	81
Niños memoristas	82
La culebra velocísima	83
Quema infernal de bosques	84
Despojados de «las tierras intocables»	85
Huevos de nigua en mi cuerpo	86
La acción dañina del hombre	87
Peñascos y desfiladeros para mulas	88
El oasis verde de la panela	89
Sin leche entre miles de vacas	91
La prisión ejemplar	92
Las semillas de cauchos y caracteres no descifrados	92
Acogedora Mariquita	93
Los paisajes incomparables del Magdalena	94
V. Despedida	97
¡Adiós, bella Colombia!	98

¡ADIÓS, BELLA COLOMBIA!

«Medio año de recorrido por la bella Colombia.

Memorias de Yuri N. Vóronov, integrante de la Expedición soviética de 1926 por la Costa Caribe, el Magdalena y la región amazónica de Colombia.

Un relato fascinante, de gran actualidad. En verdad se trata de una expedición científica que a la postre terminó convertida en una peligrosa aventura»¹.

Yuri N. Vóronov

Traducción: Olga Bulova

1) Nota del Editor (en adelante, N. del E.): peligrosa y retadora aventura de viaje y de estudio botánico y de fauna, además de las observaciones de orden socio-político.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La Sociedad Bolivariana de Colombia considera que los comienzos del siglo veinte están atados de manera importante a lo que fueron —en el siglo diecinueve— las gestas de la independencia de los cinco países liberados por el prócer Simón Bolívar: Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia.

Estos países, sumados a otros de Suramérica y del continente latinoamericano, se convirtieron en objetivo político y económico de —por lo menos— tres grandes bloques: los Estados Unidos de América, los imperios europeos en liquidación y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Más adelante serían del interés de China continental y de la Cuba de los Castro.

Así las cosas, es imprescindible para los estudiosos de nuestra historia y para los responsables por el futuro de la patria conocer las experiencias de la expedición aquí narrada y lo acaecido en nuestro territorio, de manera que estas aporten elementos de análisis y valoración del pasado para diseñar el futuro.

Las memorias que se publican en este libro corresponden a la experiencia de una misión científica rusa que arribó a Colombia en el año de 1926, la cual estuvo entre nosotros durante casi dos años. Dicho documento, originalmente escrito en idioma ruso, fue traducido y publicado en oportunidades anteriores. Sin embargo, nuestra Institución tiene la impresión de que su divulgación no ha sido suficientemente amplia como para cumplir con los propósitos enunciados arriba. Por ello se decidió hacer esta última divulgación en dos presentaciones: la una impresa, a manera de libro de bolsillo; y la otra en medio digital. De esta forma, su divulgación se podrá hacer masivamente para potenciar su contribución didáctica.

Todo indica que, desde esa época, existía interés de Rusia por los recursos naturales de Latinoamérica y que, en el caso de Colombia, lo eran especialmente la flora y la fauna, concebidas éstas como lo que hoy por hoy se llama la biodiversidad. Su objetivo principal, para dicha excursión científica, estaba dirigido a la riqueza de la Amazonia en estos recursos.

Vale la pena recordar, solo a manera de enunciación, algunos hechos que antecedieron a la aventura objeto de nuestra publicación y que —de alguna forma— tienen relación con la Colombia de entonces:

- El descubrimiento, la conquista y la colonia en América como parte de los Imperios español, portugués y otros: 1492-1810.
- La independencia de Colombia del Imperio español: 1810-1819. (Incidentes de rebeldía en Santafé de Bogotá y otras poblaciones. Luego las batallas de Paya, Pantano de Vargas y Puente de Boyacá.
- Las guerras civiles y, en especial, la de Los Mil Días: 1899-1902.
- La batalla legal y la proliferación de constituciones políticas de la Gran Colombia y luego de la República de Colombia durante el siglo xix y parte del siglo xx.
- La precariedad de la economía colombiana en ese período de su historia y la lucha ideológica que desembocó en violencia política y generó odios y rencores entre los compatriotas. Flagelo que aún perdura.
- La primera Revolución Industrial nacida en Inglaterra, que copó parte del siglo xvii y terminó alrededor de 1840, con sus efectos económicos, sociales y geopolíticos.
- La Secesión de Panamá (1903) y la construcción del canal interoceánico:
 1. 9) 1882-1899, a cargo de la compañía francesa del Canal de Panamá y, luego,
 2. 9) [...] mediante el Tratado Hay-Bunau Varilla (1903), la monumental obra estuvo a cargo de los Estados Unidos que la terminaron en 1914.
- La Primera Guerra Mundial (1914-1918) y el fin de los imperios europeos alrededor del mundo, proceso que se extendió durante buena parte del siglo veinte.
- El final del milenario Imperio chino en 1911 y después la llegada de Mao Tse Tung en 1949. En la segunda mitad del siglo veinte vendría la reforma político-económica instaurada bajo el régimen de Deng Xiaoping (1980).

Son esos hechos —de ninguna manera exhaustivos— los que contribuyen a conformar un cuadro histórico-político que le da un marco a la época de la narración apasionante, reveladora y crítica del señor Yuri N. Vóronov, miembro de la misión que nos ocupa.

Anhelamos haber captado el interés de los estudiosos de estos temas en torno a las revelaciones de dicho trabajo y aspiramos a que esta publicación de la Sociedad Bolivariana de Colombia sea de uso y gran utilidad para profesores y catedráticos en esta materia al incursionar en la enseñanza de la historia y de la vida republicana de nuestro país.

Por su parte, el señor Jorge Julio Greco, en la edición anterior, expresa así este sentimiento: «Espero que a los lectores les cause el mismo cautivante placer que a mí. Y que juzguen qué ha cambiado en Colombia».

Miguel Santamaría Dávila
Presidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia

William R. Fadul
Editor
Miembro Honorario de la Sociedad Bolivariana de Colombia

Bogotá, marzo 2019

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Situémonos en el tiempo. Corre 1926. Hace entonces 175 años que Humboldt subió por el Magdalena al comienzo de su largo periplo. Hace 40 años que un régimen conservador y represivo sostiene el gobierno en Colombia. La Revolución soviética lleva casi nueve años de iniciada; faltan veintidós para El Bogotazo.

En aquel año llega una misión soviética para estudiar la flora, la fauna y la geografía del Magdalena y el Amazonas. Lo que debiera ser una excursión científica se convierte en una sucesión de aventuras, a veces peligrosas. Los relatos de un miembro de la expedición, Yuri N. Vóronov, frescos con pinceladas descriptivas y agudas observaciones, son los que dan vida a este libro.

No se trata solamente de una rica descripción de personajes, fauna y flora exóticos y de ríos, valles y montañas de notable belleza. Todo es fantástico. Además, el autor agrega una radiografía de la Colombia de esa época, con desigualdades sociales extremas, violencia política, opresión y sumisión, la destrucción irracional de los bosques, creencias y supersticiones absurdas, además de la rivalidad entre Medellín y Bogotá. Y dentro de esta, el centralismo y los privilegiados, afrancesados, racistas, opulentos y de espaldas a las necesidades del pueblo.

El estilo conciso y ágil, y la penetración aguda de los relatos, parecieran dar lugar a una cincuentena de pequeños cuentos que, concatenados, atrapan al lector. Personalmente, una vez que comencé a leerlos, quedé atrapado y no me detuve hasta el « ¡Adiós, bella Colombia! » del final. Después los releí un par de veces con idéntico goce e interés.

Espero que a los lectores les cause el mismo cautivante placer que a mí. Y que juzguen qué ha cambiado en Colombia.

Jorge Julio Greco
Rodadero, abril de 2001

NOTA DE LA TRADUCTORA

Colombia siempre despertó gran interés para Rusia. Ya desde la época de los decembristas estuvieron exploradores rusos en el país. Pero solo después del triunfo de la Revolución socialista de octubre de 1917 se crearon las condiciones para el intercambio cultural y científico entre estos dos países.

En 1926 arribó a Colombia una expedición de científicos del Instituto de Botánica Aplicada de la URRS encabezada por el profesor Yuri N. Vóronov. Sus miembros fueron, prácticamente, los primeros enviados del país de los *Soviets*, después de la gran Revolución de Octubre.

El periódico colombiano *El Espectador* escribía al respecto que el «viaje de los botánicos soviéticos es una demostración de los grandes esfuerzos culturales que realiza en estos momentos Rusia. Esfuerzos dignos de admiración y aplausos por parte de cualquier hombre civilizado, sin importar su opinión sobre el régimen establecido por la revolución en el país». En 1929 apareció el presente libro escrito por Yuri N. Vóronov.

La llegada y estadía de la expedición botánica soviética se puede considerar como el punto de partida de las relaciones culturales y científicas rusocolombianas.

Olga Bulova

I. De Barranquilla a Bogotá

De Barranquilla a Bogotá (por el río Magdalena)

Muy temprano por la mañana, nuestro barco entró en la bahía de Cartagena y, con los primeros rayos del sol, lanzamos el ancla en la rada de esta ciudad histórica, a la espera de la lancha que trajera a las autoridades de cuarentena y aduana. Pero antes de que esta llegara, cerca de la borda, aparecieron dos botes con una decena de muchachos morenos que enseguida saltaron al agua gritando: «*money*»; se revolcaron más de una hora en el agua, zambulléndose para coger las monedas que generosamente les tiraban los pasajeros. Demostraban una destreza sorprendente y casi ninguna moneda llegaba al fondo. Todas eran guardadas dentro de sus bocas y, para los más afortunados, estas muy pronto se llenaban de dinero. Durante todo este tiempo muchos de ellos permanecieron en el agua sin descanso.

Finalmente terminamos con todas las formalidades y salimos al muelle. Pudimos pisar tierra suramericana. Nos dispusimos a conocer la ciudad y sus alrededores, mientras nuestro barco nos esperaba.

Cartagena fue fundada por los españoles en 1533 y desde el comienzo adquirió importancia estratégica y económica, que conservó por mucho tiempo a pesar de los agitados acontecimientos de la era de los primeros conquistadores y de la posterior época colonial.

El capitán Ojeda, a quien se le recomendó el gobierno de este país, cuyo nombre era Nueva Andalucía, afrontó la persistente resistencia de parte de la población indígena, que resultó ser muy guerrera. Muchos españoles cayeron víctimas de sus flechas envenenadas antes de que lograran dominarla.

El oro de Cartagena

Desde ahí, cuando se supo del heroísmo de Francisco Pizarro, quien conquistó el reino inca para la Corona española, se envió la expedición del general Quezada por el río Magdalena arriba. Afrontaron increíbles dificultades durante el viaje; estaban rodeados de tribus indígenas enemigas y perdieron

un considerable número de naves. Abrieron caminos por bosques tropicales y pantanos, donde murió más de la mitad del ejército a causa del hambre, de las serpientes venenosas y de las no menos letales flechas y dardos de los chibchas que habitaban la alta meseta con suelo fértil y excelente clima. Allí Quezada fundó la ciudad de Santafé de Bogotá, que se convirtió en la capital del virreinato de Nueva Granada.

Es interesante anotar que apenas la ciudad fue fundada, corrieron rumores que desde el sur y el oriente se aproximaba gente blanca. La noticia resultó ser cierta: desde el sur atacaba el destacamento de Belalcázar, lugarteniente de Pizarro, proveniente del Perú y de Venezuela; del oriente venía el aventurero alemán Féderman. Los tres conquistadores de Colombia, sin saber los unos sobre los otros, se reunieron casi al mismo tiempo en la Sabana de Bogotá y estuvieron a punto de enfrentarse. Tal es la historia de la conquista de Colombia que, aunque descrita con brevedad, en realidad tomó exactamente treinta años para su realización.

Cartagena servía a los conquistadores como la principal base militar. Al estar situada en la desembocadura del río Magdalena, que fue por mucho tiempo la única vía de comunicación con el interior del país, la ciudad adquirió importancia económica de primer plano. Atravesaba a Cartagena otro río, el del oro que los españoles empezaron a sacar de Colombia². Este oro atrajo a los que deseaban enriquecerse, tales como piratas y filibusteros que abundaron en los mares cercanos. Cartagena sufrió sus ataques muchas veces y tuvo que pagar tributos o exponerse a la destrucción. Hasta el día de hoy se conserva la muralla de la fortaleza, que protegió por siglos a la constantemente sitiada ciudad.

Nuestro auto entró a la ciudad vieja por las puertas de las murallas, pasando por las sucias afueras llenas de casuchas habitadas por negros y mulatos. Encontramos un estilo de arquitectura típicamente español con ventanas enrejadas, techos planos y frescos patios. En las calles se notaba poco movimiento. Hacía mucho calor y había mucho polvo.

Después de haber atravesado la ciudad y visitado las murallas, almorzamos en el mejor hotel, que me recordó los res-

2) N. del E.: es pertinente aclarar que Cartagena se comunicaba en un comienzo con el río Magdalena a través de canales y ciénagas, y luego mediante el Canal del Dique, cuya construcción se terminó en el año 1650. De otra parte, como es sabido, el río termina su recorrido en el estuario de Bocas de Ceniza, situado en los alrededores de la ciudad de Barranquilla.

taurantes de provincia de la costa del Mar Negro. Después de visitar la parte nueva de la ciudad con sus villas lujosas rodeadas de flores y verdor tropical, subimos a un alto cerro que se alza sobre la ciudad. En este lugar, durante el apogeo de la Inquisición, se hallaba el famoso monasterio de La Popa. Pero esto no siempre ayudaba, porque muchas veces lo tomaban a la fuerza y violaban a las mujeres para después tirarlas desde los peñascos, con una altura de cientos de metros, a las profundas aguas del mar.

En la actualidad solo yacen las ruinas que hablan de tiempos de grandeza ya pasados³. Pero de estas ruinas se abre una magnífica vista de la bahía colmada de grupos de islas verdes de mangle y de la acogedora ciudad que descansa al pie del cerro. También se divisan otras colinas que se pierden tierra adentro.

La trifacética Barranquilla

Después de otra travesía en el mar, llegamos a nuestro objetivo final: Puerto Colombia. La palabra «puerto» sonaba extraña al acercarnos al pueblito con unas cien chozas de bambú unidas con arcilla y hojas de palma. Sería mejor llamarlo desembarcadero, pues en realidad eso era Puerto Colombia, el desembarcadero del puerto terrestre de Barranquilla que se encuentra situado a cuarenta kilómetros de ahí.

El primer día de la Pascua, fecha en que llegamos, el funcionario de la aduana nos informó que cada pasajero podía llevar solo el equipaje de mano y que el resto sería revisado al día siguiente. Sin embargo, pudimos convencerlo de darnos todo el equipaje. Nos ayudó el hecho de que con nosotros llegaron dos expediciones más, una belga y una inglesa, sobre las cuales las autoridades tenían conocimiento. El funcionario nos tomó por una de ellas y nos dejó pasar sin demora.

El dueño de la oficina de transporte, un alto mulato llamado Anaya, cuya compañía estaba compuesta solo por él, venció a la competencia, ganando el derecho sobre nosotros y sobre nuestro equipaje. En cinco minutos nosotros y nuestras

3) N. del E.: el monasterio del cerro de La Popa nunca fue destruido y hoy por hoy es un sitio de gran afluencia turística que es frecuentado por observadores que encuentran interés en este.

pertenencias nos encontrábamos en el vagón del tren que en media hora saldría para Barranquilla.

Hasta el final del siglo, Barranquilla era un pequeño pueblo situado a orillas del río Magdalena, más exactamente en el brazo este del río. La navegación se efectuaba por el brazo oeste. En el 1893, una compañía inglesa construyó un muelle en el pueblito de Sabanilla y lo unió con una línea férrea a Barranquilla. Desde ese momento Sabanilla empezó a llevar el alto nombre de Puerto Colombia, y Barranquilla se convirtió en una activa ciudad con todas las comodidades de la vida europea y con inconfundibles características de las ciudades provinciales latinoamericanas.

En ese momento, con el proyecto de la construcción del puerto marítimo cerca de Barranquilla, esa ciudad se preparaba para hacerle competencia a Cartagena, la antigua reina de las Indias. Nuestro hotel era de dos plantas con un típico patio interno. En el piso de abajo, de un lado se encontraba el restaurante y, del otro, una fila de habitaciones no muy cómodas. En el segundo piso solo había habitaciones divididas por delgados tabiques que no llegaban hasta el techo. Esto era necesario para la ventilación, sin la cual uno se podía asfixiar por el calor.

Una cama con toldo de muselina contra los mosquitos, un lavamanos, un armario y un escritorio era toda la dotación. Todo muy pulcro. En el hotel no había tinas, las remplazan regaderas o duchas, que también servían como sanitario. Bastante sucias y desagradables, por cierto.

Las habitaciones se alquilaban con la alimentación incluida. Muy temprano por la mañana, mientras uno aún dormía, un sirviente llevaba una pequeña taza de café caliente o una aromática. Apenas entreabriendo los ojos, uno se sentaba en la cama y saboreaba los primeros sorbos, aún medio dormido. Bajo su influencia, uno empezaba a despertarse y a sentirse fresco y lleno de vigor. La ducha refrescaba aún más y comenzaba a despertar el apetito. El desayuno esperaba en el restaurante a las siete. Este se abría con piña, papaya jugosa o con un suave banano. Después seguían huevos preparados al gusto y finalmente todo terminaba con café en leche, chocolate o té. Después de esto, uno podía dedicarse a sus diligencias antes de que llegara el calor del mediodía.

Patriarcal y pacífica

En realidad, ahí comenzaba el calor con la salida del sol. El cielo —que al principio estaba despejado— se cubría de una bruma blanca. El resplandor del sol llegaba a enceguecer y quemaba la piel. A la sombra uno se bañaba en sudor con cada movimiento.

En Barranquilla era especialmente desagradable el polvo finísimo y claro que cubría las calles con una gruesa capa. La ciudad en sí dejaba la impresión de tranquilidad y comodidad de una provincia patriarcal y pacífica. Era muy notoria la influencia de los yanquis: casi todos los productos provenían de los Estados Unidos; también la moda, incluyendo la de la goma de mascar.

El mercado era amplio, interesante y bien construido. En galerías al aire libre se encontraban frutas y verduras exóticas, así como también muchas flores. En la sección de frutos del mar había una multitud de pescado ahumado y salado. Más adelante, a la orilla del canal, en el suelo, se encontraba una gran cantidad de bananos, ñame y yuca. En chozas de madera se ofrecían utensilios típicos como tazas, cantimploras y cucharas de totuma, diferentes yerbas medicinales, resinas aromáticas, abanicos de hojas de palma para atizar el carbón, etcétera.

Allí especialmente se sentía el colorido local, y las multitudes que lo rodeaban a uno lucían auténticamente colombianas. Calzaban alpargatas, zapatos hechos de tela con una suela en fibra vegetal. En la cabeza llevaban un sombrero de ala, en los hombros la típica ruana: un pedazo de tela de forma cuadrada con una abertura en el medio. Las caras eran morenas, el cabello negro, la mayoría eran mestizos o simplemente indígenas civilizados. Había muchos negros y mulatos.

Al segundo día de nuestra llegada tuvimos varios inconvenientes. El principal problema estuvo relacionado con nuestra nacionalidad. En París pudimos recibir las visas de varios países de América del Sur sin ningún contratiempo. Sin embargo, la visa colombiana se nos fue negada categóricamente. Apelando a la ayuda de contactos de científicos de Inglaterra y de Estados Unidos, dos de nosotros la obtuvimos en Nueva York y el resto en México. Pero estas visas fueron declaradas no auténticas al salir de La Habana. No obstante, pudimos obtener

nuevas visas, pero con dificultades. Pensábamos que habíamos llegado a la tierra colombiana legalmente, pero no había sido así.

El financiista policiaco

Cuando uno de los miembros de nuestra expedición se disponía a recibir el equipaje en la aduana, el funcionario le recomendó acudir al ministro de Finanzas que acababa de llegar de Bogotá, para, así, agilizar las formalidades. Este último, sabiendo que la expedición inglesa había llegado en el mismo barco, confundió al camarada S con un miembro de dicha expedición y estaba dispuesto a dar el visto bueno. Cuando le explicaron que todo había sido una equivocación y que la expedición no era inglesa sino rusa, el ministro se exaltó, empezó a gritar y preguntó que quién había dado el permiso de entrada a Colombia a los rusos, y tajantemente se negó a prestar su colaboración. El equipaje tuvo que ser retirado de la aduana con el procedimiento habitual, pero al final todo terminó bien, aunque tomó mucho tiempo. El señor S temía que tendríamos que regresar a nuestro país, pero lo tranquilicé.

Al día siguiente, me fui con uno de mis compañeros a una excursión por las afueras y cuando regresé a la hora del almuerzo los encontré preocupados. Resulta que, durante ese tiempo, los policías habían llegado a preguntar por mí y, habiéndose enterado de que yo había salido de la ciudad, se molestaron mucho. Querían saber a dónde me había ido para seguirme. Fueron groseros con mis compañeros y sus palabras los asustaron. A duras penas lograron convencerlos de que yo me presentaría inmediatamente ante el alcalde a mi regreso. Este último era también el jefe de la policía local.

Después del almuerzo nos dirigimos todos a la policía y presentamos nuestros documentos. Al encontrar los papeles en orden, las autoridades policiales nos entregaron unos documentos de identidad. Por cierto, a cada uno de nosotros se nos tomó la huella dactilar del dedo pulgar de la mano derecha, y además se nos midió la altura. El alcalde estaba un poco confuso y nos invitó a su oficina, se disculpó por las molestias que nos había causado. Nos dijo que a partir de ese momento

nos podíamos desplazar libremente por todo el país. El alcalde se equivocaba, pues al día siguiente, cuando me fui otra vez de excursión, la policía departamental se presentó en el hotel para buscarme.

Cuando me presenté ante el jefe de la policía departamental, este me recibió muy amablemente mientras me mostraba un telegrama proveniente de la capital en el que se le exigía revisar mis documentos e indagar si conocía a alguien en el país. Las cartas y las recomendaciones que le mostré finalmente lo tranquilizaron y disculpándose de nuevo, me dejó ir. Toda esta alerta fue iniciada por el ministro de Finanzas inmediatamente después de su cita con el señor S. Los ministros de Finanzas y del Interior se habían comunicado por telégrafo.

El Cisneros y sus barcazas en el Magdalena

No se habían acabado nuestras peripecias en Colombia. Nos esperaba un viaje río arriba por el Magdalena. Generalmente en el mes de abril el río estaba caudaloso, pero no tuvimos esa suerte porque ese año reinaba una inusual sequía. El período de lluvias acostumbrado había llegado, pero no llovía, y el nivel del río bajaba cada día. Nos angustiábamos al no poder hacer nada. Por fin llegó el tan esperado día de nuestra partida y a las siete de la noche nos embarcamos. Viajaba con nosotros Anaya, a quien se le encomendó nuestro equipaje para ser llevado a Bogotá. La cubierta no era cómoda. Tuvimos que embarcarnos en la oscuridad del crepúsculo tropical entre pasillos sucios. Nuestras pertenencias fueron llevadas por manos invisibles que salían de la oscuridad. Cuando por fin nos vimos en nuestros camarotes con nuestro equipaje, suspiramos con alivio.

A las ocho de la noche, después de sonar la sirena de partida, el barco empezó su marcha a través del canal que llevaba al río y virando al sur, zarpó a toda máquina. Titilaron y se apagaron las luces de Barranquilla como despedida y nos abrazó la oscuridad de la noche tropical. Nuestro barco, llamado Cisneros, pertenecía a una de las más antiguas compañías navieras del río Magdalena. Su construcción era muy diferente a la de los nuestros y por eso no está de más conocer su diseño.

El casco era metálico y plano, y se adentraba en el agua unos tres pies. La cubierta baja, que sobresalía unos dos pies, estaba ocupada por el horno y el compartimiento de máquinas; por debajo del piso se encontraban bodegas en las que llevaban tres mil barriles de cemento, esto hizo nuestro descenso más profundo de lo normal. La parte central de la cubierta estaba destinada a la carga y allí se encontraba nuestro equipaje. No había espacio determinado para la tripulación que dormía estrechamente en la proa, en hamacas colgadas en diferentes partes de la cubierta baja y en dos barcasas arrastradas por el barco. En realidad, decir «arrastrar» no es exacto en este caso. Los barcos tienen una rueda que se encuentra detrás de la popa. Por eso las barcasas se unen a ambos lados de la proa del barco, que no las arrastra, sino que parece empujarlas hacia adelante.

Un calor sofocante

La segunda cubierta estaba dispuesta para la sala de pasajeros, que ocupaba la parte central. A los lados se encontraban los camarotes. La proa servía de terraza cubierta. Durante el día descansaban los pasajeros, y de noche, aquellos que no podían conseguir camarotes dormían en camas plegables.

En la popa se encontraban el restaurante, el bar y las duchas. Finalmente, en la tercera cubierta, el puente de mando y el camarote del capitán, más los camarotes del oficial de navegación y de su ayudante. La sección de primera clase también estaba allí. En la parte superior se hallaba la cabina del oficial de navegación. Las máquinas se alimentaban de dos hornos, cuyas tuberías pasaban por la terraza de la proa. Por eso, allí, durante las paradas, el calor era insoportable. Era aún peor en los camarotes cerca de la terraza, donde el calor del piso llegaba a cuarenta grados centígrados. Los camarotes eran estrechos; en ellos cabían una cama, una mesa de noche y un lavamanos. La cama se entregaba con una colchoneta, pero sin almohada y sin sábanas, las que debían ser traídas por los mismos pasajeros. En el salón de los pasajeros y en los camarotes había ventiladores eléctricos, sin los cuales el calor habría sido insoportable.

Nuestro barco hacía paradas muy a menudo en ciudades y pueblos siguiendo un horario. Si en alguna parada no había nadie para recoger o desembarcar, desde la orilla se daba una señal con una bandera blanca atada a una larga vara. El barco no detenía su marcha. En otras ocasiones era necesario detenerse para recoger leña; la embarcaban nuestros marineros en grandes cantidades de troncos, que en ciertos lugares eran apilados con anterioridad. Estos muelles madereros eran móviles, ya que cuando el bosque de las cercanías había sido cortado, el leñador trasladaba a otro lugar su modesta choza, consistente en unos troncos cubiertos de hojas de palma.

Salvo algunos grandes pueblos principalmente en la corriente baja del río, cuanto más alto nos desplazábamos menos aldeas se avistaban; por esta razón, desde Barranquilla nuestra embarcación se abastecía de alimentos para los pasajeros. Ya que la carne no se podía conservar en grandes neveras para todo el viaje, el capitán compró vacas en una de nuestras largas paradas que fueron colocadas en una de las barcasas. A una de estas vacas se le partió un cacho, a otra se le lastimaron las pezuñas. A estas dos reses les esperaba la muerte inmediata.

Las orillas del río Magdalena aparecían cubiertas de bosques tropicales a medida que avanzábamos. Había un paisaje encantado de frondosos bosques de chingales de un plateado y espumoso verdor, una palma con la que los indígenas hacían unas elaboradas esteras. Se veían gigantescos troncos enredados entre lianas que alcanzaban una altura de hasta cuarenta o cincuenta metros. Las ramas superiores estaban envueltas por epifitas⁴, helechos, orquídeas, bromelias que se elevaban hacia la luz desde la oscura humedad del bosque. En los claros del bosque se encontraban heliconias con sus flores de fuego, graciosas de lejos, pero inalcanzables, debido a sus duras espinas. También había secropias⁵ con sus hojas palmeadas en cuyos tallos huecos vivían agresivas hormigas de dolorosa picadura. Había mucho verdor, pero pocos colores brillantes, lo que va en contra de la creencia formada sobre el colorido del bosque tropical.

4) N. del E.: vegetal que vive encima de otros vegetales.

5) N. del E.: árboles con hojas diopias: unisexuales.

La belleza impresionante del Magdalena

Por otra parte, la variedad, la belleza y el colorido de la vida animal impresionaban mucho. Desde el primer día me sorprendió la abundancia de insectos que volaban hacia la luz de nuestros faroles en la cubierta. Mis trampas para insectos al cabo de media hora estaban llenas de muchas clases de ellos. A veces el vuelo de estos animales era violento. Volaban como nubes, metiéndose en las mangas, dentro de la camisa, en el cuello. Alrededor de los faroles eléctricos se llevaba a cabo un rabioso baile, que solo se calmaba a la medianoche. Al pasear por la cubierta en la mañana se podían encontrar ciertos ejemplares de insectos exóticos que se habían quedado durante la noche.

Durante el día, en las islas y bancos de arenas observábamos manadas enteras de caimanes de nariz aguda que se calentaban al sol como troncos inmóviles. En sus bocazas abiertas de par en par caminaban tranquilamente unos pajaritos. Unos reptiles de metro a metro y medio de largo caminaban por las orillas del río y, cuando lograban salir a la ribera, asustaban a las iguanas pintadas del color de las plantas que huían por las ramas de los matorrales al verlos acercarse. Del lado del bosque, continuamente de día o de noche, se oía el polifónico concierto de insectos y pájaros.

Nos contaron mucho sobre las serpientes que había allí, empezando por la temible serpiente de cascabel, cuyos sitios preferidos son lugares arenosos y pedregosos, y terminando con los inofensivos guardianes de los caminos, largas y delgadas culebras como los tallos de las lianas que se cuelgan de las ramas de los árboles en los senderos. Nosotros no las vimos con frecuencia, pero una serpiente fue la causa de que nos detuviéramos en el río Magdalena. Sobre esto hablaré después.

En las profundidades del río Magdalena también abundaba la vida animal. Desde el principio del viaje, como un pasatiempo, en la parada vespertina me dediqué a la pesca con caña. En media hora mis compañeros de viaje y yo teníamos un balde lleno de peces que pertenecían apenas a cuatro especies del diminuto siluro⁶, que se distinguen por la capacidad de causar dolorosas heridas que cicatrizan con dificultad; por eso

6) N. del E.: pez de agua dulce parecido a la anguila, de mucha longitud corporal.

hay que quitarlos del anzuelo con mucho cuidado, aplastando sus aletas con un palito. Uno de estos peces lleva el nombre de asesino del caimán, y los habitantes locales nos contaron que si un caimán se traga este pez, cuyo tamaño no supera los treinta centímetros, sus entrañas son cortadas por las afinadas y duras aletas del pez, y el animal muere agonizando.

Entre mariposas multicolores y veneno sudado

Durante el día, a menudo pasaban volando por el río grandes mariposas pintadas de vivos colores. Una multitud de mariposas jugueteaba en la arena húmeda luciendo como unas manchas blancas y amarillas. Si se seguía el sendero del bosque, a cada instante, por debajo de nuestros pies, alzaban el vuelo estas criaturas de alas ligeras vestidas de color esmeralda, rubí, topacio y turquesa.

Los pájaros, con excepción de varios tipos de garzas y gaviotas, se veían poco. Pero en sitios poblados, se podía observar a un curioso pájaro conocido como el barrendero, que recoge todos los desperdicios, carroñas y basuras. A este pájaro negro con el cuello desplumado lo llaman chulo, pariente lejano de nuestros halcones. Se les podía ver posados en los árboles, o paseándose con las gallinas y pavos en los patios. Y si el río llevaba el cadáver de un caimán que tal vez había pagado con su vida al tragar impulsivamente un siluro, sobre él sin falta estaban posadas con solemnidad varias de estas aves ocupadas seriamente en el consumo de la víctima.

En los bosques locales vive una pequeña rana verde que hasta hoy día las tribus indígenas salvajes utilizan para envenenar sus flechas. El animal atrapado es colgado sobre el carbón caliente, y cuando la rana, durante su sufrimiento agónico, se cubre de sudor, las puntas de las flechas se sumergen en ese líquido. Dicho veneno no tiene nada que envidiar en su efecto al famoso curare.

El gran sapo que cura

En el barco fuimos testigos del uso de un gran sapo para la curación de los tumores malignos. Uno de los pasajeros que tenía semejante enfermedad en una pierna, en una de las estaciones encargó un sapo por una pequeña suma de dinero. El muchacho que lo trajo frotó durante media hora el vientre del animal contra la llaga, hasta que al sapo se le salieron los ojos de sus órbitas y la piel en su vientre se llenó de sangre. Entonces el paciente decidió que su enfermedad se había pasado al animal que fue tirado por la borda. A los pocos días la pierna sanó totalmente gracias a la curación o —quizás— por otras causas.

Nuestro pasatiempo en el barco era monótono. Nos levantábamos temprano para aprovechar el fresco de la mañana. A las nueve ya hacía calor. A esa hora nos duchábamos y desayunábamos para luego sentarnos en la cubierta y disfrutar del panorama ribereño. El almuerzo era poco variado: consistía de una inevitable sopa; carne de las vacas hambrientas, que era dura como la suela de un zapato; arroz, huevos y un platillo de una empalagosa mermelada. El agua potable se traía desde Barranquilla en unos tanques soldados. Después de varios días ya no estábamos complacidos con el menú del barco y, un día, a las cuatro de la tarde, organizamos una merienda de conservas y té que habíamos almacenado con anterioridad. Los pasajeros se horrorizaban viéndonos tomar té a una temperatura de 30° C. Sin embargo, el té caliente es la única forma de mitigar la sed.

Negros de bronce

Antes de nuestro almuerzo, la tripulación del barco se reunía en la proa para almorzar. El plato siempre era el mismo: un sancocho, que es una sopa de yuca, plátano picado y carne. Cada uno venía con su plato y su cuchara (cuenco) de totuma, recibía una porción de la olla, tomaba un pedazo de plátano cocido en vez de pan y lo acompañaba con el caldo caliente de la sopa. El apetito de todos era muy bueno, debido a que trabajaban desde el amanecer hasta el atardecer sin descanso, como bestias de carga. Maravillosos espectáculos presenta-

ban estos cuerpos de bronce con fuertes y flexibles músculos parecidos a unos modelos anatómicos.

Era especialmente atractivo un hércules de cabello ensortijado que poseía una fuerza increíble, capaz de mover cargas pesadas sin el menor esfuerzo. Cuando en un lugar necesitaban descargar barriles de cemento, dos de estos eran bajados por cuatro trabajadores que los colocaban sobre sus hombros desnudos. En este lugar, la piel estaba maltratada como las de las bestias de trabajo. El capitán y ellos mismos veían esto como algo natural. A los indígenas y a los mulatos que realizaban su labor sumisamente los veían como ganado de carga.

La ¡serpiente! del alboroto

Durante una de las paradas nocturnas, cuando algunos hombres de la tripulación acompañados por el débil alumbrado de las antorchas bajaban a tierra firme para recoger leña, se escuchó desde la ribera: «¡serpiente!». El capitán me pidió una linterna eléctrica y a la luz de esta, la culpable del alboroto fue matada. Era un hermoso y colorido reptil de más de un metro de largo. Uno de mis compañeros decidió conservarla y la serpiente terminó en un frasco con formalina, lo que horrorizó a los tripulantes y a muchos pasajeros.

Desde ese momento empezaron nuestras desgracias. Al día siguiente, el barco encalló por primera vez. Hubo que apartarse del banco de arena con la ayuda de un grueso tronco. Después del primer banco vinieron el segundo, el tercero, etcétera. Durante algún tiempo los pasábamos exitosamente, apartándonos de ellos al utilizar troncos y buscando canales más profundos o conduciendo el barco con la ayuda de un cable de acero: un extremo se sujetaba a un grueso tronco en la ribera y el otro se enrollaba en el cabestrante con la ayuda de una cabria de vapor⁷. Esto nos detuvo por largo tiempo; a veces se necesitaban uno o dos días para superar un banco de arena.

Los pasajeros comenzaron a aburrirse por la demora del viaje y uno de ellos, un sacerdote católico, empezó a propagar rumores de que la causa de todas las desgracias era la presencia de los ateos rusos; no en vano estos llevaban consigo

7) N. del E.: mecanismo para levantar grandes pesos.

serpientes, ranas, lagartijas y demás bichos en tarros, y también atrapaban arañas, escorpiones y otros insectos. Dios se había enfurecido con ellos y los inocentes pasajeros estaban forzados a sufrir.

Según parece, el público supersticioso desató su imaginación mientras nosotros empezamos a notar unas miradas hostiles, en ocasiones verdaderamente agresivas. Con frecuencia se oía la palabra «rusos» y al escuchar con atención, yo empecé a distinguir unas veladas amenazas. Por fin, uno de los extranjeros que viajaba con nosotros me dijo sin rodeos que, sería conveniente botar la serpiente conservada por si acaso, ya que entre el público surgía un murmullo contra nosotros. La serpiente fue tirada por la borda y parece que los pasajeros quedaron satisfechos y se tranquilizaron, pero el estado de las cosas no cambió. A pocos días, el barco encalló de nuevo y lograron moverlo del sitio, pero, cargado pesadamente de cemento como estaba, no logró abandonar el sitio por completo. Por eso en el duodécimo día de nuestra travesía, el barco fue forzado por un banco a detenerse y permanecer en el lugar dos semanas enteras.

Situación crítica

La situación se ponía crítica. Las reservas de las provisiones se agotaban paulatinamente. De las dieciséis vacas solo quedaba una que a duras penas se mantenía de pie y que fue trasladada a la orilla para pastar. Pero después del ayuno, que había durado dos semanas, el animal no tenía fuerzas para arrancar la hierba: la vaca la olió, respiró y cayó al suelo. La degollaron apresuradamente, pero ninguno de nosotros tocó el asado hecho de su carne; la gente decía que la carne era dura como el cuero. Nos abastecimos de nuevo con la ayuda de una lancha motora que pasaba río abajo y que estuvo de vuelta dos días más tarde. Se pagaron grandes sumas de dinero y la lancha, con algunos de nuestros compañeros de viaje, se dirigió hacia Puerto Berrío, la primera estación del Ferrocarril de Antioquia. Se suspendió el funcionamiento de los hornos a la espera de que el nivel del agua subiera y pudiéramos continuar el viaje. Como resultado de esto, fuimos privados de la electricidad, los ventiladores y el hielo. Se incrementó

el número de mosquitos por la tarde y el calor sofocante de la noche tropical se hizo insoportable. Tratábamos de pasar el tiempo realizando excursiones al bosque cercano, recorriéndolo en todas las direcciones en un radio que permitía regresar a la parada el mismo día. No nos arriesgábamos a ausentarnos por mucho tiempo, porque el nivel del agua podía subir durante la noche y el barco podría continuar su marcha.

De vez en cuando algunos pasajeros abordaban una lancha motora que transitaba y subía río arriba, pero el nivel del río descendió tanto que las lanchas también encallaban. Por fin el río empezó a crecer lentamente. Un día un barco pasó sin detenerse, esquivando con éxito el banco de arena que nos cerraba el paso y desapareció. Nosotros también hicimos un intento, pero fracasamos y tuvimos que devolvernos al mismo lugar. Cuando el agua subió lo suficiente, el río recobró la vida. A nuestro alrededor una docena de barcos que estaban encallados un poco más arriba que el nuestro empezaron a bajar. Nuestro barco también emprendió la marcha, pero no fue por mucho tiempo. A los dos días se atascó nuevamente por tres días. Después de haber salido de Barranquilla, hacía un mes, llegamos por fin a Puerto Berrío.

Esta pequeña ciudad había surgido hacía poco, cuando, desde allí hasta la capital del departamento de Antioquía, Medellín, fue construida la vía férrea. Un lujoso hotel que estaba situado en una montaña se elevaba sobre toda la localidad. El hotel pertenecía a un alemán y ofrecía un confort de primera clase. Algunos de los aburridos pasajeros se trasladaron hasta allá mientras el barco permanecía parado.

Antioquia, Puerto Berrío y veinticuatro hermanos de sangre

El departamento de Antioquía es uno de los más prósperos del país y compite económicamente con el centro, incluso sueña con quitarle el poder político a la capital. A los antioqueños se les conoce como la población más emprendedora y trabajadora en Colombia. Prosperan la agricultura, el cultivo del café, la minería, la industria y el comercio. Las facciones de la gente son hermosas, de tipo judío. La población se ca-

racteriza por su eficiencia, lo que no se puede decir sobre los descendientes de los colonizadores españoles.

La ciudad consiste de una plaza y tres calles, dos de las cuales son habitadas por prostitutas. Los comerciantes de las tiendas, que resultaron ser unos sirios (inmigrantes) y a los que se les llama turcos, se asemejan por su aspecto oriental a nuestros hombres caucásicos.

Las calles están sucias y polvorientas, las edificaciones son unas miserables chozas. Pero a esta ciudad se le augura un espléndido futuro.

Las familias son numerosas, con diez o doce hijos. Un inglés me contó que en una ocasión le presentaron veinticuatro hermanos de sangre. En el Departamento abundan los nombres geográficos de origen bíblico, lo que lleva a la divulgada versión de que los primeros blancos que poblaron estas tierras fueron los judíos expulsados de España y convertidos al cristianismo.

En Puerto Berrío se está construyendo una extensa ciudadela petrolera. Las bodegas del desembarcadero están abarrotadas de mercancías y en todo se percibe una febril actividad de un futuro y vivo despertar del país, que se levanta de su letargo y de la rutina. No se sabe si eso es cierto o no, pero la población de Antioquía está a la vanguardia, según la opinión de los que la conocen bien, y todas las esperanzas se ponen en ella en el sentido de la salvación del país del letargo y la crisis.

El carácter caucano y los tolimenses

Los habitantes del vecino departamento del Cauca son de carácter totalmente distinto. La clase baja trabajadora, principalmente los negros, son muy laboriosos y bastante inteligentes. La clase alta está representada por los descendientes de los españoles de linaje bastante noble. Los caucanos son de carácter despierto, entusiasta, noble, pero están privados de perseverancia y espíritu práctico. Los caucanos le han dado a Colombia muchos hombres distinguidos: políticos, escritores y científicos, pero la agricultura, la industria y el comercio están en manos de los antioqueños.

Los habitantes del Tolima, río Magdalena más arriba, son otro tipo de gente bastante particular. El tolimense lleva en sí mucha sangre indígena; es fuerte, resistente, magnífico jinete, audaz ganadero, pero no es un práctico hombre de negocios. El comercio y, en general, todo lo que exige iniciativa y eficiencia está en manos del hombre antioqueño.

El reinado de las frutas

Después de haber pasado varios días allí alcanzamos sin demora La Dorada. Río arriba la navegación se suspendía debido a los rápidos del Beltrán. En esa parte del camino tuvimos que continuar por vía férrea en estrechos vagones repletos de gente. El paisaje cambiaba bruscamente. El río Magdalena corría por un estrecho desfiladero mientras nuestro tren se elevaba por una meseta montañosa cubierta por una árida sabana.

A nuestro alrededor se extendían unos extensos y verdes espacios mezclados con grupos de árboles y arbustos de clima árido. Solamente a lo largo de los ríos había una vegetación exuberante y en lugares aislados se veían hermosas palmas pinatífidas⁸. De los frutos de esta palma se extrae un excelente aceite, y con los brotes frescos e inflorescencias⁹ se prepara vino de palma.

En las estaciones había abundancia de frutas: piñas grandes y jugosas naranjas, papayas, zapotes y muchas más. Muchos morenos y avispados corrían por los vagones ofreciendo cerveza y refrescos que estaban tibios y nos provocaban náuseas. El calor era insoportable y solamente las naranjas calmaban un poco la sed. En el país reinaba la sequía y nuestro tren levantaba nubes de polvo al pasar. Esta polvareda tornaba nuestros trajes claros en grises.

Llegamos a Beltrán al anochecer. La estación no estaba alumbrada y estábamos sentados en plena oscuridad, mientras uno de nuestros compañeros buscaba un refugio para pasar la noche. Esta vez nuestro «hotel» era una pobre choza con piso de tierra y paredes de bambú. Ocupamos dos cuartos, y después de este día tan agitado nos dormimos profundamente en camas de lienzo.

8) N. del E.: en la botánica, que está hendido por tiras largas.

9) N. del E.: conjunto de flores que nacen agrupadas en un mismo tallo.

Un día más de viaje en barco y por fin nos encontramos a las puertas de la capital, en un pueblo llamado Girardot. Nos esperaba una subida de ocho horas en ferrocarril hasta una altura de dos mil metros¹⁰. En un hotel relativamente confortable, pudimos quitarnos el polvo, cambiarnos la sucia vestimenta y variar el menú.

10) N. del E.: el autor se refiere a la Sabana de Bogotá que está a 2 620 m de altura promedio.

II. Bogotá y sus alrededores

Para superar la distancia de los mil kilómetros entre Barranquilla y Bogotá necesitábamos más de cuarenta días. Puede parecer sorprendente que la única arteria que unía a la Costa Atlántica colombiana con la capital estuviera en tan deplorable estado y que este rico país no emprendiera medida alguna para mejorar la situación. El estado del río Magdalena durante nuestro viaje era realmente catastrófico. La apertura del período primaveral de la navegación se demoraba, debido a la insólita sequía en el país. Gran cantidad de mercancía se acumulaba en los depósitos portuarios de Barranquilla y los periódicos anunciaban que para su descarga se necesitaban hasta diez meses. El suministro de productos a Bogotá se suspendió y hubo un tiempo en que era imposible encontrar una hoja de papel de carta en las tiendas. Los precios de todos los víveres se incrementaron increíblemente. La sociedad y la prensa empezaron a alarmarse.

Proyecto discutido, proyecto archivado

Una firma alemana procuraba obtener la concesión para regular la corriente del río, pero le era imposible conseguirla. La causa consistía en que algunos departamentos no podían ponerse de acuerdo en este asunto, pues sus intereses eran diferentes. Aquellos que estaban situados en el curso inferior del río y se abastecían desde la Costa Pacífica, especialmente los ricos departamentos de Antioquía y del Cauca, se oponían al proyecto. Ellos dependían relativamente poco de las condiciones de la navegación en el río Magdalena. Decían que los antioqueños calculaban aprovechar la desgracia del departamento donde estaba situada la capital para el desarrollo y, así, fortalecer su hegemonía en el país. El mismo carácter de los colombianos que en parte considerable heredaron el fanatismo de los moros y la resignación de los indígenas contribuyó a este estado de las cosas.

Cuando la situación en el país empeoraba, se decía y se escribía mucho en la prensa. El proyecto se discutía acaloradamente, se pronunciaban discursos acusatorios contra los incapaces gobernantes. Pero cuando las aguas en el río Magdalena se elevaban en un pie, todo caía en el olvido, la gente se tranquilizaba, los periódicos empezaban a escribir que la

desgracia quedaba atrás y que todo iba bien. Los proyectos se archivaban y se olvidaban.

Sin embargo, ese año la situación era demasiado peligrosa y la firma alemana obtuvo la ratificación de la concesión. Se supone que dentro de unos años el río estará en buenas condiciones.



El río Magdalena en Colombia

Fuente: Sociedad Bolivariana de Colombia

«La Atenas suramericana» de los contrastes

La línea férrea, cuya extensión es de 122 kilómetros, nos llevó desde Girardot, que está situada a una altura de apenas 340 metros, hasta la capital que se extiende al pie de la cordillera, a una altura de 2 645 metros. El viaje que dura ocho horas empieza en una candente y seca sabana con un promedio de 28º C. Paulatinamente nos elevamos hasta los cafetales de la esperanza y después pasamos por la zona de la palma de cera y de los helechos arborescentes. La estación del ferrocarril de La Esperanza estaba llena de gran cantidad de flores y frutas tropicales de un modo pintoresco, como bananos, piña, anones, papayas, etcétera. Allí, a la altura de 1 800 metros, comenzaba a sentirse una agradable frescura y los pasajeros poco a poco se ponían primero sacos y luego abrigos o impermeables. Pronto entramos en la zona de la neblina y las lluvias. La atravesamos rápido y pasamos velozmente por la llanura. El sol brillaba de vez en cuando y hacía bastante fresco.

Bogotá, la capital de Colombia hasta el presente, tenía fama de llamarse «la Atenas suramericana». Allí estaban concentrados la aristocracia local, los intelectuales y las riquezas del país. En ninguna parte de Colombia se observan tan profundas y bien marcadas diferencias como ahí. De un lado había una muchedumbre educada a la europea y vestida a la última moda. Del otro se veían unos miserables indígenas y mestizos descalzos o, en el mejor de los casos, en sandalias de cuero sostenidas por correas, vistiendo camisas cubiertas de sucias ruanas. Todos estaban medio hambrientos y con frecuencia medio borrachos a causa de la chicha, una bebida alcohólica de maíz de la que ellos sacaban fuerzas y en la que encontraban la alegría del olvido.

Los indígenas como animales de carga

En la provincia uno recordaba las palabras del inglés que decían: «En Colombia el régimen es democrático, el Gobierno es despótico, pero el pueblo es libre como en ninguna parte. Aquí claramente se manifiesta la verdadera democracia de la

raza española y se borran superficialmente las diferencias entre las clases». Sin embargo, los contrastes en la capital son extremadamente marcados. Del mismo modo son excesivas las diferencias entre la capital y sus alrededores.

La población indígena local, que representa a los antepasados de los anteriormente ricos y poderosos chibchas y muiscas, es trabajadora, poco emotiva, religiosa hasta la idolatría y la superstición. Un indígena quiere mucho a su terruño y a su tierra natal. Toda su fuerza está en las piernas, la espalda y el cuello. Es un admirable trabajador de carga y su resistencia es sorprendente, especialmente cuando camina con su paso medurado durante horas sin descanso ni tregua llevando una carga elevada de kilogramos. Esta carga se sujeta a la espalda con una ancha correa sostenida en la frente. El indígena mantiene sus fuerzas con escasa comida, pero consume chicha en abundancia. Se dice de él que es un soldado admirable, pero carece de iniciativa y no es capaz de realizar una hazaña. Jamás retrocede y está dispuesto a morir defendiendo su puesto en tiempos de victoria o sufriendo la derrota.

El lago de la leyenda

Cerca de Bogotá están situados los famosos lagos sagrados de los dueños anteriores del país de los chibchas. Allí surgió la leyenda de El Dorado. Uno de los cronistas españoles contó una interesante versión de dicha leyenda. Esta tribu tenía la costumbre de preparar el heredero del trono de una manera especial. El elegido siempre era un sobrino del soberano. Durante seis años pasaba sus días en un sótano del que podía salir únicamente a la luz de la luna y las estrellas, y regresar antes de la salida del sol. No podía ver a las mujeres ni hablar con ellas, ni comer carne o pimienta ni otros productos prohibidos.

Después de este prolongado ayuno, subía al trono y su primera acción era dirigirse al lago y ofrecer un sacrificio a los dioses. Una balsa especialmente construida y adornada para la ocasión que llevaba cuatro fogones en los que ardían inciensos de mezclas de diferentes resinas aromáticas esperaba al soberano. Ante los ojos de miles de personas vestidas con ropas de vivos colores y adornadas con plumas y oro, lo des-

nudaban, luego lo untaban con arcilla y lo cubrían con polvo de oro. A las orillas del lago se encendían muchas hogueras, cuyo humo tapaba el sol. El hombre cubierto de oro entraba en la balsa llena de oro y esmeraldas y se dirigía hacia el centro del lago, seguido por una comitiva suntuosamente vestida. Desde la balsa se hacía una señal con una bandera blanca para imponer el silencio, mientras el monarca lanzaba a las frías aguas la preciosa carga. Después de esto él regresaba a la orilla al son de la música.

Los aventureros, incluso en los últimos tiempos, trataron de sacar las legendarias riquezas del fondo del lago. Hubo casos en que se organizaron campañas para dragar el fondo y como resultado de estas búsquedas se hicieron hallazgos arqueológicos interesantes, pero se encontraron pocas joyas. Los gastos de las exploraciones no pudieron ser cubiertos por los descubrimientos.

Bogotá (entre capillas) y el Salto del Tequendama

La ciudad de Bogotá se extiende al pie de dos montañas en cada una de las cuales hay una capilla. Las calles son rectas y están enumeradas en lugar de tener nombres. Estas calles son longitudinales y las carreras son transversales. La numeración de las calles fue introducida recientemente y es en cierto modo un tributo a los Estados Unidos.

En la capital hay una universidad con las siguientes facultades: derecho, medicina e ingeniería. Entre los profesores hay varios extranjeros, principalmente suizos. A pesar de que las riquezas del país están en la agricultura y la minería, no existen establecimientos de enseñanza superior en estas ramas.

Es interesante mencionar una completa indiferencia hacia las ciencias naturales. En cambio, un instituto teológico fundado en 1654 prospera y hasta el presente es fiel a sus tradiciones filosóficas. En general la influencia clerical en cuestiones de la educación pública es excesivamente fuerte.

Todos los colegios misioneros están en manos del clero, sobre todo en los supuestos territorios indígenas. De las cerca de cuatro mil escuelas primarias, la mayoría está bajo su dominio. El Instituto de La Salle, que es un liceo católico dirigido

por hermanos cristianos franceses, es la escuela secundaria más aristocrática de la ciudad. Es más, es el único establecimiento que se interesa por las ciencias naturales y, además, posee un buen museo de la flora y fauna locales. Incluso existe la sociedad científica de las ciencias naturales, única en el país y editora de su propio periódico.

Un lugar interesante en las afueras de la ciudad es el Salto del Tequendama, que se precipita desde una altura de casi 130 metros, unas tres veces más alto que las cataratas del Niágara. Las aguas se derraman sobre la roca en la que han formado una inmensa hondonada y al caer se desvanecen en diminutas gotas y se evaporan.

Entre los libros y el dólar

En la biblioteca pública se encuentran muchas ediciones en historia y teología, bastante valiosas y antiguas. En cambio, las ciencias naturales están representadas escasamente. La educación artística, en especial el conservatorio, está bien organizada. Los colombianos son amantes de la música, y conocen y aprecian a nuestros compositores como Scriabin, Glazunov y Stravinsky. Desafortunadamente el teatro es sustituido por el cine casi por completo. Recientemente fue cerrado el teatro de la ópera francesa. El buen gusto musical disminuye por la influencia de la música mecánica de la pianola que, desde los Estados Unidos, inunda a la América Latina.

Desde luego casi todos los productos son de origen norteamericano, excepto la cerveza, bebida preferida de los colombianos, que se fabrica en las empresas locales. A pesar de la fuerte influencia de los Estados Unidos sobre el país, ellos lo conquistan solo por el poder del dólar. La población culta siente simpatía por la vieja Europa, con la que mantiene vínculos espirituales y culturales. Allí estudia la juventud colombiana que no encuentra satisfacción en la educación escolarística del clero. Raramente un hombre educado no habla el francés. El interés hacia nuestro país se manifiesta en grado considerable. En todas las librerías se consiguen no solamente las traducciones de nuestros clásicos de la literatura, sino también las de muchos escritores de La Revolución. Se pue-

den conseguir las obras completas de Vladimir Lenin. La clase trabajadora, al igual que los indígenas, se encuentra atraída por la doctrina comunista. Poco antes de nuestra llegada a Colombia, el Gobierno expulsó a un hombre ruso que era sospechoso de hacer propaganda comunista. Los trabajadores de Girardot lo aclamaron con una gigantesca manifestación que provocó una gran alarma entre los gobernantes.

III. Desde Bogotá hasta el Amazonas

El 25 de junio abandonamos la fresca Bogotá y después de seis horas en un tren repleto de gente llegamos a Girardot. De allí debíamos subir hasta casi el curso superior del río Magdalena y atravesar la cordillera oriental para bajar a la cuenca del río Amazonas. Realizamos una parte del viaje por vía férrea hasta el río Saldaña, donde termina la circulación de trenes del Tolima. Según el proyecto de los constructores, la vía férrea uniría el río Magdalena con la cuenca del río Amazonas.

Pasamos la noche en un sucio e incómodo hospedaje que llevaba el pretencioso nombre de hotel. En la madrugada del día siguiente nos dirigimos en bus hasta la localidad de Natagaima. La carretera dejaba mucho que desear; en realidad en algunas partes solo existía en el mapa. Pasamos rápidamente por la llanura en dirección conocida solo por el conductor. El bus se recalentaba por la velocidad y teníamos que detenernos en cada río con el fin de aprovisionarnos de agua para enfriar el motor.

La llanura carecía de árboles y estaba quemada por el sol. Llegamos a Natagaima completamente agotados por el calor y muertos por el ajetreo. Por eso, el hotel en el que nos quedamos me pareció extraordinario; aunque no se diferenciaba mucho del de Saldaña, carecía de un *confort* elemental y ni siquiera tenía un baño.

Una de las cartas de recomendación dirigida a un rico comerciante sirio nos permitió a la mañana siguiente unos mulos para nosotros y nuestro equipaje. La hora de la partida se fijó para las siete de la mañana, pero por múltiples contratiempos solo salimos tres horas más tarde. Nos esperaba todavía la acomodación del equipaje en las así llamadas mochilas y la carga de estas.

Primero se ensillaba el mulo; para esto se le cubría la cabeza con una ruana porque ningún mulo, ni siquiera el más tranquilo, permitiría hacerlo con la cabeza descubierta. La albarda era bastante primitiva y consistía de dos costales rellenos de paja. Con la ayuda de unas cuerdas, ambas partes de la carga se sujetaban al animal. Una de estas pasaba por debajo del vientre del mulo. Si las dos cargas tenían el mismo peso, estas se equilibraban. Pero con la nuestra hubo muchos contratiempos durante la carga y posteriormente tuvimos que parar con frecuencia para cargar los animales de nuevo.

El policía poeta de la sabana

Además del arriero contratamos dos peones y en total éramos cinco personas, pero el destino nos envió a un inesperado acompañante en la persona de un policía. Aproximadamente dos horas antes de nuestra partida, en el balcón del hotel apareció un hombre joven con sombrero y alpargatas nuevas. El joven se me acercó y se me presentó como corresponsal de un periódico en Neiva, la ciudad de nuestro destino. Nos pidió permiso para unirse a nuestro grupo y le contesté que yo no tenía nada en contra, pero le advertí que teníamos prisa y que nos moveríamos rápido. Como él no tenía caballo, el viaje le resultaría agotador. A esto él respondió animadamente que estaba acostumbrado a caminar. Para despejar posibles sospechas me obsequió un ejemplar de su libro de poesías.

Solamente al mediodía, cuando el sol estaba en su apogeo y quemaba implacablemente pudimos arrancar. Después de Natagaima atravesamos el río Magdalena en pontón. Y entramos en una calurosa sabana en la orilla derecha del río.

Condenados a morir

No voy a describir nuestro viaje de tres días hasta la ciudad de Neiva, que fue bastante monótono y agotador. Hay indicios de que hace cierto tiempo la sabana era regada por los arroyos y ríos que bajaban de las montañas y pudo haber estado cubierta por vegetación abundante. Mucho antes de la llegada de los europeos, el bosque fue destruido considerablemente por los nativos. El proceso de deforestación se aceleró por la aparición de los españoles. Hoy la vegetación se ve solo a lo largo de las orillas y de los ríos, la mayoría de estos se llena de agua únicamente durante el período de lluvias. En ese momento sus cauces estaban completamente secos. Las cuevas de las montañas contiguas a la sabana estaban totalmente desnudas. Sobre sus cumbres se divisaban bosques aún vírgenes, en espera de su fatal destino.

Al ir de Girardot a Saldaña, desde la ventana del tren, se veía en la oscuridad el fuego de los bosques quemándose. En nuestro camino de regreso del Amazonas, toda la llanura del Magdalena estaba cubierta de humo a causa de los incendios

en las montañas cercanas. Este cuadro se repetía cada año al final del período seco antes de la llegada del invierno.

Raramente se encontraban poblaciones por el camino. Con más frecuencia se veían unas humildes viviendas donde recibíamos un vaso de guarapo o de anisete¹¹, una bebida alcohólica con anís, que, muy de vez en cuando, era acompañado con algo de comer.

Olegario, el Implacable

Olegario, nuestro ágil arriero, y los peones llevaban los víveres consigo, que consistían de panela y pan. El pan se conseguía únicamente en las ciudades. Los campesinos se alimentaban de plátano, yuca y maíz. El sol quemaba sin piedad; y los brazos, sacados desprevenidamente de la ruana, enrojecían en unos pocos minutos. Poco tiempo después, la picazón de la piel quemada era reemplazada por un dolor agudo. Durante horas nuestra caravana se desplazó por la sabana cubierta de matorrales que se alternaban con lugares desérticos, cuya uniformidad era perturbada por la presencia de los cactus en forma de candelabros. En la parte superior de estos se posaban unas aves que tenían parentesco con nuestros pájaros carpinteros y que, sin preocuparse por las grandes espinas, hacían sus nidos en los troncos.

Los desiertos cambiaban por las inmensas planicies con trigales, los llanos. Allí vagaba tristemente el ganado en busca de alimento, agua y protección contra el sol. Los animales estaban frecuentemente afectados por llagas purulentas llamadas nuches, provocadas por las larvas de una mosca que vive bajo la piel, parecidas a nuestros moscardones. Dicen que su biología es compleja: esta no coloca sus huevos directamente en el ganado, sino en otras moscas que chupan la sangre de otros animales. Estas últimas son transmisoras del parásito. El ganado era afectado principalmente, pero los perros y las personas también eran atacados por ellas. Esa parte del valle del Magdalena estaba habitada por los mestizos e indígenas, que, en su mayoría, eran enfermizos y de poca estatura, aunque muy resistentes. Había muchos enfermos de malaria, con bocio y, de vez en cuando, la lepra.

11) N. del E.: licor hecho con anís, semilla de color verdoso, muy aromática y de sabor agradable. El anís se utiliza para la elaboración de licores y en repostería.

Donde la vida se detiene

Parecía que la vida se detenía en esa candente atmósfera. Nada se movía, excepto las caravanas que pasaban por las carreteras. Se veían muy pocos animales, solo se encontraban los pájaros que habitaban en los cactus, y otras aves negras que se conocen como toches, dueñas de un canto asombrosamente melodioso, razón por la que son capturadas por los campesinos.

Nuestro arriero Olegario era implacable en su programa de avance, y paraba la caravana únicamente cuando llegábamos hasta el punto fijado para el albergue nocturno. De no ser así, habríamos tenido que pasar la noche a la intemperie y nuestras mulas se habrían quedado sin comida en ese desierto, corriendo el riesgo de enfermarnos debido a las frías noches.

En plena oscuridad nos acercamos al río Cabrera y lo atravesamos por un pintoresco puente colgante, pagando, con anterioridad, al cobrador de la tarifa alrededor de un dólar por toda la caravana. En la posada —que se encontraba detrás del puente— al principio no nos querían hospedar, pero después de unas negociaciones con el dueño, nos acomodaron en una estrecha habitación, y a las mulas en el pastizal.

Con la salida del sol emprendimos la marcha por un desierto aún más desolador. Pasamos primero por la sabana que en algunas partes estaba cubierta de cactus y en otras completamente desnuda con unas piedras marcadas por la erosión. Estas eran de raras formas, como bolas y discos. En algunas partes, la carretera, que pasaba por una capa de asperón, se convertía en un estrecho corredor hecho por las mulas. Teníamos que ir por ella con mucho cuidado al movernos entre las paredes de ese pasillo para no maltratarnos los pies en los estribos.

Cansancio más hambre

Al día siguiente, por la tarde, nos detuvimos a la orilla de un río sobre el cual se elevaban dos cerros cuyas formas erosionadas creaban la ilusión de un castillo. De esto proviene el origen del nombre del lugar que traducido significa «castillos». Allí nos quedamos para pasar la noche más cómoda-

mente que ayer. Olvidé a nuestro acompañante de Natagaima, que al principio caminaba animadamente y me preguntaba cuáles eran las opiniones y credos políticos de mi país. Pero pronto mis respuestas lo tranquilizaron y rápidamente se unió a los peones. Al poco tiempo las alpargatas nuevas le hicieron callos en los talones y tuvo que caminar descalzo. El joven no llevaba víveres y por eso compartíamos con él nuestro escaso menú. Al segundo día de nuestra travesía, el muchacho se desmayó, ya que no pudo soportar el hambre ni el cansancio. Tuvimos que subirlo a la mula que llevaba la carga más ligera. Al poco rato volvió en sí, se animó y empezó a cantar. Por la tarde me expresó su deseo de quedarse a descansar y encargar un caballo en la ciudad de Neiva, adonde nosotros deberíamos llegar al día siguiente después de cuatro horas de trayecto.

Pienso que el joven poeta era un espía enviado por la policía. Después de haber observado nuestro trabajo botánico y de haber conversado conmigo, llegó a la conclusión de nuestro carácter totalmente inofensivo y de que su misión estaba cumplida.

El loro en su valle

Al día siguiente, a las diez de la mañana, llegamos a la ciudad de Neiva. Allí también hubo buena gente que nos dio recomendaciones y gracias a ella pudimos encargar otras mulas a un arriero. El resto del tiempo lo dedicamos a las excursiones por las afueras de la ciudad y al descanso en un cómodo hotel. Nuestro nuevo arriero resultó ser menos listo y hábil, por eso al principio hubo demora con la acomodación de la carga. Una de las mulas resultó ser muy terca y el primer día tuvimos que llevarla de la rienda, por esta razón nuestro plan de viaje no se cumplió a tiempo. Esta vez la ruta pasaba principalmente por el llano o la sabana. De vez en cuando unos profundos barrancos atravesaban el camino por el que corrían unos alegres riachuelos. En algunos lugares pasábamos por los fértiles valles ocupados por plantaciones de café y cacao. Ambas plantas se cultivan a la sombra de unos árboles llamados cahimbos o cámbulos. En ese momento los árboles estaban floreciendo y todo el valle del río Loro se abrió ante

nosotros en su esplendor como terciopelo verde salpicado de escarlata. Bajamos al pueblo famoso por sus sombreros hechos de caña y recobramos las fuerzas con el fresco guarapo. Continuamos nuestra marcha en pleno calor y por la tarde llegamos a una hacienda. En el patio, debajo de unos árboles llamados samanes, se acomodaron unos arrieros que llevaban sal a la pequeña ciudad de Guadalupe, que está situada al pie de la cordillera oriental.

El devoto anfitrión de los ateos

El dueño de la hacienda nos acogió cordialmente y nos ofreció una comida frugal, que complementamos con nuestras reservas de conservas. Invitamos también a nuestros arrieros. Al darse cuenta de que éramos rusos, el dueño nos preguntó muy detalladamente sobre Rusia y, como católico devoto, quiso saber si creíamos en Dios.

Después de un agotador viaje por la sabana, nos acercamos a Guadalupe, que está situada sobre el río Suaza. A nuestro alrededor se veían plantaciones de café y jardines en flor. Este lugar es famoso por la confección de sombreros que llevan su nombre. Los elaboran a mano las mujeres con la fibra de una planta parecida a las palmas, llamada iraca. El tejido de los sombreros toma cerca de dos semanas y su precio local oscila entre tres y cuatro dólares.

El día anterior habíamos tenido que atravesar un río por un puente colgante que se movía al desplazarnos por él, y por eso no permitía tomarlo con más de un animal de carga a la vez. Ir por ese puente no fue muy agradable porque era estrecho y las barandas eran bajas; por debajo corría un rápido río. Pero en Guadalupe no había puente y había que vadearlo. Debido a las lluvias en las montañas, el nivel del agua había subido y era imposible atravesarlo sin mojar la carga. Hubo que descargar las mulas y enviar el equipaje en una lancha en varios viajes. Los animales lo atravesaron a nado. Para colmo de males empezó una lluvia torrencial de la que no nos protegimos ni siquiera con nuestros impermeables. Nos alegramos de poder descansar y secarnos en el hotel.

Allí tuvimos que tomar otras mulas que ya estaban esperándonos y que habían sido preparadas por el funcionario del

correo local, el señor Marco Tulio Cuenca. Yo tenía una carta de recomendación para él, quien ya estaba informado de nuestra llegada. Él mismo se presentó a ofrecernos sus servicios. Toda su familia se dedicaba a los servicios de correo, telegrafía, manejo de mulas y al hospedaje.

A los dos días comenzamos a subir la cordillera. Nuestros guías eran indígenas, uno de ellos llevaba un original atuendo, en caso de lluvia, hecho de hoja de palma, llamado sara. Esta prenda estaba hecha con gran habilidad y era totalmente impermeable.

«Marfil vegetal»

El desierto, la sabana y la llanura del Magdalena habían quedado atrás y poco a poco entrábamos a la región del bosque montañoso, que cuanto más alto, más espeso se tornaba. En las cuestas aparecieron las elegantes iracas, las palmas de poca altura llamadas taguas, de cuyas duras semillas conocidas con el nombre de marfil vegetal, se hacen botones en las fábricas europeas. En lo alto de los árboles se asomaba el bambú. En los linderos crecían vistosas heliconias.

A la altura de cerca de 2000 metros había un bosque llamado La Resina, lleno de palmas de cera. Después de pasar por ese sitio nos apresuramos a buscar un albergue mientras llovía y soplaba un viento que penetraba hasta los huesos. Corrimos a calentarnos con anisete y café aromático acompañado de conservas norteamericanas. Pasamos la noche en una estrecha habitación por cuyas rendijas soplaba el viento. Temprano en la mañana nos levantamos y, habiendo tomado la acostumbrada taza de chocolate, emprendimos la marcha bajo una llovizna.

En una hora ya estábamos en lo alto desde donde, cuando hay un buen tiempo, se tiene una magnífica vista: de un lado se observa la cumbre del Nevado del Huila, que se eleva sobre el río Magdalena, y del otro se extienden los bosques del Amazonas, llamados vegas. En este territorio habitan tribus indígenas que no han tenido contacto alguno con la civilización y que han conservado su estado primitivo; entre ellos se encuentran indígenas caníbales.

El gigantesco gusano de agua

No tuvimos mucha suerte, ya que la cuesta hacia el Amazonas estaba cubierta por una espesa cortina de niebla. Apenas bajamos del alto nos esperaba la lluvia que nos acompañó hasta la localidad de Sucta. Nos rodeaba entonces un pintoresco paisaje montañoso con helechos, lianas y bromelias, cuyas hojas de vivos colores competían con las flores.

Casi todo lo que estábamos viendo a nuestro alrededor era nuevo para nosotros; tanto la flora como la fauna. Desde los nidos de los pájaros tejedores colgados de las palmeras se percibían sonidos desconocidos. Una gruesa serpiente de más de un metro de largo atravesó lentamente la carretera y por el susto detuve apresurado a mi mula. El guía me tranquilizó al decirme que era una tatacoa, como llaman a un gigante gusano de agua. El susto pasó y observé al monstruo con interés. Tiempo después atravesó corriendo otro extraño animal que resultó ser una gigante araña que se alimenta de pájaros y es venenosa.

Mientras bajábamos, vimos los vistosos peñascos que adornaban las verdes laderas de las montañas. Numerosas cascadas caían con estrepitoso ruido desde grandes alturas y formaban nubes de gotas de agua. Si no fuera por la vegetación, yo pensaría que estaba viajando por el Cáucaso. La trocha por la que nos desplazábamos no estaba en buenas condiciones. Cada veinte o treinta metros había elevaciones por debajo de las cuales se encontraban canales transversales contruidos con el fin de proteger los caminos contra las inundaciones producidas por las constantes lluvias.

Sobre numerosos ríos, especialmente en los dos de fuerte corriente, se tendían puentes de madera con un techo a lo largo de todo el tramo. Este tipo de puentes era muy común en esas zonas y fue adoptado de los indios paeces, que vivían en la cuenca del río Magdalena y que eran hábiles constructores.

Construcciones sin clavos

A lo largo del camino se veían espacios baldíos que se utilizan como pastizales. No todos los árboles se talan durante

el desmonte. Allí crece una interesante palma llamada chanta con un tronco alto y desnudo, coronado por un puñado de hojas y gigantescos capullos de inflorescencias en forma de cuernos. La base del frágil tronco se sostiene por las raíces aéreas. La madera de esta palma —que es dura y negra— se utiliza para la construcción de casas y cercas. Por esa razón, este árbol se tala de acuerdo con las necesidades. Es interesante anotar que las casas allí se fabrican sin un clavo. En los bosques cercanos crece una planta llamada yaré, que se cuelga de los árboles más altos y cuyas raíces bajan hasta la tierra¹². Estas raíces en estado seco son extremadamente fuertes y elásticas. Siempre se tienen en reserva enrolladas como alambre y se utilizan para sujetar vigas y todas las partes de la estructura en general.

Llegamos a Sucre relativamente temprano. Fuimos recibidos por el guía que nos acompañaría en el viaje por el río Caquetá. El señor se llamaba Pablito Perrás. Una hermana del señor Cuenca —el funcionario del correo de Guadalupe— también salió a nuestro encuentro y nos condujo a un espacioso cuarto mientras se dedicaba a preparar la comida.

De pronto unos jinetes se detuvieron frente a la casa. Eran el gobernador del Caquetá y el misionero apostólico de la región, el señor Gaspar De Pinel. El primero era un mestizo de Bogotá, listo y desconfiado. Era evidente para nosotros que él ya había recibido un aviso de nuestra llegada. Aparentemente se mostró muy amable y se puso a disposición de nosotros, pero sabíamos que todo era fingido. El segundo señor era un monje capuchino de Cataluña con un aspecto inteligente, culto y simpático. Sin adulaciones ni palabras inútiles realizó su contribución en forma real. Por ejemplo, nos dio cartas de recomendación para los profesores de escuelas, misioneras y los sacerdotes que allí se encontraban. El gobernador se dirigía a la revisión de la carretera, recibiendo como viáticos unos veinte dólares por día y prometiendo estar de regreso dentro de una semana. El misionero viajaba a la región del alto Orinoco para revisar sus instituciones; la travesía le tomaría unas tres semanas a caballo.

12) N. del E.: el bejuco yaré (*Heteropsis flexuosa*) es una hierba leñosa de la familia de las aráceas nativa de la Amazonia. (Recuperado de https://es.wikipedia.org/wiki/Heteropsis_flexuosa).

Plantas nunca vistas (y el escorpión)

Después de haber cenado en la terraza de la oficina de correos, que también servía de hotel, charlamos por un buen rato con el señor De Pinel quien nos dio información sobre los lugares que nos disponíamos visitar. Antes de que nos acostáramos sucedió algo que me asustó al principio pero —por fortuna— todo terminó felizmente.

El señor Perrás se acomodó en una mesa para pasar la noche, ya que no había camas suficientes. De repente salió gritando, agarrándose la cadera. Resulta que entre las sábanas se ocultaba un escorpión y el hombre se sentó sobre el animal. El escorpión fue encontrado inmediatamente y matado con la estearina de una vela. En este momento el animal se encuentra en un museo zoológico de la Academia de Ciencias de la URSS. El señor De Pinel apareció ahí mismo con su botiquín, extrajo el famoso remedio llamado curarina, que se utiliza en Colombia para las picaduras de animales venenosos y para curar enfermedades en general. A pesar del uso de la curarina, diez minutos después el paciente movía la lengua con dificultad; y durante la noche sufrió de fiebre alta y de dolor agudo en el lugar de la mordida. Sin embargo, a la mañana siguiente ya estaba bien. El temor de semejante desgracia nos obligó a sacudir minuciosamente nuestras camas y a cubrirnos con un toldo en caso de aparición de tales huéspedes no invitados.

Salimos muy temprano al día siguiente y llegamos a Florencia al crepúsculo. Todo el día lo pasamos recorriendo el bosque selvático, conociendo su flora, que a cada paso nos obsequiaba plantas singulares nunca vistas antes. Un sacerdote nos albergó en la espaciosa mansarda de la escuela.

La ciudad de Florencia surgió apenas hace 15 años, cuando fue construida la carretera de Guadalupe. Esta pequeña localidad está situada a una altura de más de doscientos metros sobre el nivel del mar, en la zona premontañosa de la cordillera oriental. Un río pequeño, pero navegable, recorre la ciudad. Antes solamente los caucheros entraban después de una difícil travesía de siete días por las peligrosas trochas montañosas. Hoy en día el camino de Guadalupe a Florencia se puede recorrer a caballo en un día y a pie en un día y medio. La población crece muy rápido; hay diez mil habitantes. En ese entonces, se estaba llevando a cabo la limpieza de los bosques

cercanos y en lugar de estos aparecían pastizales en los que se cultivaba la caña, el cacao, el tabaco, el maíz, etcétera. Este lugar tenía ya una decena de manzanas y calles con una típica plaza y con un árbol autóctono en la mitad.

El Salvarsán de París

Las condiciones climáticas no son muy buenas, pero gracias a los esfuerzos de un médico local que estudió en Francia, se han tomado una serie de medidas sanitarias que han permitido disminuir las enfermedades. Los males más comunes son la aparición de heridas y tumores malignos en todo el cuerpo, sobre todo en los niños. Estas afecciones son curadas exitosamente por los médicos con un remedio llamado Salvarsán. Otra enfermedad que se ha propagado mucho en diferentes regiones de Colombia es el carate, que es provocado por un hongo y se manifiesta exteriormente con unas manchas de color azulado y negro en la piel. La fiebre amarilla no es frecuente y no provoca epidemias. La enfermedad más persistente es la malaria, que se propaga entre diciembre y febrero. Esta época no es fría, sino seca y caliente¹³.

13) N. del E.: droga descubierta hace más de cien años. Se considera el antecesor de los antibióticos de hoy.

IV. Entre los indígenas del Amazonas Colombiano

De Florencia tuvimos que viajar en lancha río abajo. Dedicamos cuatro días a la preparación del viaje. Hacía falta encontrar unos remeros con experiencia, ya que la navegación por el río en estas condiciones representaba un peligro. Era necesario considerar muchas cuestiones, dado que en esos lugares apartados no se podía hallar nada. Llegamos a un acuerdo con el señor Perrás para que él se dedicara a las cuestiones de la organización del viaje, como la compra de víveres y algunas mercancías necesarias para hacer unos trueques con los indígenas. El día señalado, aunque con el acostumbrado retraso que rige en este país, a la hora más calurosa nos embarcamos y partimos.

En poco tiempo el río desembocó en otro más caudaloso y la lancha se balanceó fuertemente entre las olas. Nuestros remeros lo conocían muy bien. Uno de ellos, que utilizaba un corto remo, apodado el Piloto, se ubicó en la popa y; el otro, al que se le llamaba Boga, remaba en la proa. La corriente era bastante fuerte y muy frecuentes los rápidos por los cuales nuestra lancha andaba a toda velocidad. No había necesidad de remar tanto. Pasamos por un corredor verde del bosque virginal que se aproximaba a las orillas. De las profundidades de la selva esporádicamente nos llegaban sonidos desconocidos. Nuestros acompañantes nombraban a cada una de los perturbadores de la tranquilidad, pero para nosotros estos sonidos no decían nada todavía.

El aire era sofocante. Sudábamos, aunque llevábamos puestas unas ligeras camisas. Todo estaba en espera de las lluvias, que eran frecuentes y que allí se alternaban varias veces al día con los períodos de sol ardiente. De repente el bosque desaparecía y se veían en las orillas pastizales, cultivos y pequeñas haciendas. Muy a menudo nos deteníamos para proveernos de huevos y limones. Pronto cayeron las primeras gotas de lluvia, pero esta terminó muy rápido. En un lugar del bosque, donde una densa cortina hecha de bambú se acercaba a la orilla, asustamos a un grupo de monos llamados chicos. Era imposible verlos, pero todo el bosque empezó a agitarse como si fuera movido por un ventarrón, debido a sus saltos. De pronto los monos se alejaron hacia la profundidad de la selva con un silbido particular¹⁴.

14) N. del E.: ver esquema en el mapa de la región amazónica de Colombia que se incluye a continuación.

Venecia, El Vaticano y El Capitolio entre los monos

Antes del crepúsculo, atracamos junto a una hacienda y le pedimos albergue a un arruinado comprador de caucho, el señor Maximiliano Tovar. La casa de nuestro anfitrión llevaba el gran nombre de Venecia. Las propiedades cercanas tenían nombres semejantes como El Vaticano, El Capitolio, La Esmeralda, etcétera. La finca Venecia estaba situada en la saliente de la unión de los ríos y desde ambos lados estaba rodeada de agua. El anciano aprovechó este lugar para criar cerdos. Por eso la casa estaba rodeada de suciedad y barro. La pira de cerdos que estaba en la planta inferior bajo cubierta nos acompañó con su gruñido durante toda la noche.

Don Maximiliano además era un apasionado por los gallos de riña (de pelea). Media docena de estos estaban en la terraza del último piso en el que fuimos ubicados, amarrados por las patas. Por eso este lugar también era sucio e incómodo. A cambio nos ofrecieron cerdo para la cena y nosotros le brindamos al dueño de la casa café y té. El hombre era un buen conversador y estaba muy contento de tenernos en ese solitario paraje. Nos acostamos tarde, bajo el murmullo de la lluvia que se prolongó hasta el amanecer.

Por la mañana nos dimos cuenta de que el río se había desbordado y de que el nivel del agua había subido casi a dos metros. Islas enteras de árboles derribados por la corriente flotaban en la superficie. Hasta que el nivel del agua no bajara no podíamos seguir adelante en nuestra frágil lancha. Llovió casi todo el día y cuando cesó un poco, salimos para conocer los alrededores y recoger algunas plantas. La lluvia terminó por la noche. Nos despedimos del hospitalario don Maximiliano y partimos de nuevo. Pasamos con éxito los rápidos y, muy temprano, llegamos a la primera aldea indígena.

Isaac y los huitotos

Encontramos indígenas que pertenecían a la tribu de los huitotos y se hallaban bajo una fuerte influencia del hombre blanco. El dueño de la casa en la que nos alojamos era católico

y se llamaba Isaac. Su vivienda era muy espaciosa y consistía de dos plantas: en la parte de arriba, una terraza y las habitaciones; en la planta baja, una cubierta para el ganado y la cocina, donde permanecían las mujeres preparando la fariña o harina de yuca y tortilla de casabe. La harina se extrae de la planta conocida en Colombia con el nombre de yuca. Sus grandes tubérculos son ricos en almidón. Sirve de alimento a millones de habitantes de América Central y América del Sur. Para obtener la harina de yuca los tubérculos se remojan en agua durante uno o dos días y se exprimen después de diferentes formas.

Los huitotos utilizan para este fin una bolsa grande de tejido mullido hecha de corteza de árboles que se llena de tubérculos remojados y se cuelga al techo. Al extremo inferior de la bolsa se sujeta un palo perpendicular, a lo largo de esta y con la ayuda del palo, se empieza a girar la bolsa en una dirección. A fin de que esta no se desamarre, el proceso se realiza junto a un poste para que la mujer pueda sujetar con una mano un extremo del palo y con la otra apoyarlo tras el poste. El líquido extraído no se bota, sino que se hierve junto con un ajo muy picante hasta que se forma una masa espesa y negra, llamada casarama, que sirve como condimento. La harinosa masa exprimida se seca en unos braseros de arcilla y se guarda en vasijas de barro. De fariña y agua se hace una masa con la que se preparan delgadas tortillas llamadas casabe. Cuando está fresco el casabe es muy rico, pero es insípido y se endurece muy rápido. Por eso hay que remojarlo en agua al día siguiente para comerlo.

Continuamos nuestro recorrido por el río Orteguaza, que era ancho y caudaloso, sobre todo, después de las lluvias que subieron su nivel. Las riberas y las islas estaban inundadas y navegábamos por medio del río sin temor a tropezarnos con un tronco hundido. Cuando el nivel del agua bajaba, la navegación por el río requería de mucha atención por parte del piloto. Los troncos sumergidos recibían un nombre original, los llamaban «compradores», ya que «compran» las vidas de los que tropiezan con ellos. Cuando una lancha estrecha y de poco fondo se choca con un tronco, esta pierde el equilibrio fácilmente y se hunde con sus ocupantes y su carga. Poco antes de que llegáramos una de las víctimas de uno de los «compradores» fue la profesora de la escuela de misioneros que regresaba de Florencia en una lancha cargada de maíz.

La Amazonía colombiana

Fuente: Sociedad Bolivariana de Colombia



Al mediodía nos detuvimos para visitar al corregidor local que administraba el juzgado para la población indígena. Don Javier era un hombre muy interesante que en el pasado se dedicaba a la compra de caucho en esta región y la conocía a la perfección. Además hablaba muy bien muchos dialectos indígenas. Lo encontramos ocupado en las labores domésticas; en ese momento estaba salando carne. El ganado se sacrificaba una vez por semana y la carne debía ser salada y curada inmediatamente.

Su oficina estrecha e incómoda estaba ubicada en una choza cuyas paredes estaban hechas de bambú, y con el techo elaborado a base de hojas de palma. En los estantes estaban colocados numerosos expedientes cubiertos de telaraña. Su secretario estaba aburrido por no hacer nada. Al lado del juzgado, en una espaciosa casa de dos plantas, vivían varias familias de los cultivadores de tabaco. En ese momento se estaba realizando la sarta de tabaco. La aguja está hecha de la ya mencionada palma chanta. La corteza de un árbol cortada en tiras finas y torcida sirve como cordón. Las mujeres del lugar fabricaban cigarros con mucha destreza.

La curiosidad del cacique

En la tarde, después del almuerzo, llegamos a la aldea de los indígenas de otra tribu llamados coreguajes. Apenas nuestra lancha atracó, varios indígenas vestidos con camisa manga corta y con las caras, manos y pies pintados de rojo y negro salieron a nuestro encuentro. Apareció el cacique de la tribu sosteniendo un cetro en las manos como símbolo de poder. No había hostilidad sino una discreta curiosidad hacia nosotros. Nos condujeron a la escuela destinada para nuestro alojamiento, gracias a la orden escrita por el señor De Pinel, mientras el jefe de la tribu mandaba a toda la población masculina a llevar nuestro equipaje.

De las numerosas tribus indígenas que habitan los infinitos espacios del Amazonas pudimos conocer solamente dos. Los mencionados anteriormente —los huitotos— forman un grupo independiente; en cambio los coreguajes pertenecen al grupo de las tribus del Caribe al igual que los carijonas, quienes viven en el río Caquetá, más abajo¹⁵.

Los coreguajes se distinguen por su baja estatura; sin embargo son fuertes. La piel es de color canela, la cara ancha y de pómulos salientes, de tipo mongoloide. El cabello es liso; el de los hombres se corta en círculo; el de las mujeres se recoge en trenza. Todos los coreguajes se afeitan escrupulosamente: los bigotes, la barba, las cejas y las pestañas. Los indígenas dicen que como no debe haber maleza en el patio, tampoco debe haber pelos en la cara. A los niños desde muy temprana edad se les depilan las cejas y las pestañas arrancándolas con la ayuda de unas delicadas fibras de la palma cumare.

Brazaletes aromáticos

Es muy típico para los coreguajes pintarse la cara, las manos y las piernas de rojo y negro. Pintarse la cara es un privilegio de los hombres, los cuales cubren los pómulos y la frente con círculos, espirales, cuadritos, etcétera, especialmente con diseños geométricos. Las manos, hasta los codos, y las pier-

15) N. del E.: ver en la página siguiente fotos sobre indígenas y sus hábitats.

nas, del pie hasta la rodilla, se cubren con una pintura común y corriente. También es muy común entre los hombres llevar aretes en la nariz y las orejas. Los más modestos adornos consisten en un palito lisamente pulido hecho de la madera de la palma chanta. Los atavíos más sofisticados se hacen de unos palitos de bambú o de caña y con plumas de los tucanes, cardinales y guacamayas que se introducen en ellos. El manojo de plumas siempre va puesto hacia atrás. Un anciano llevaba un adorno muy original hecho de una puntiaguda espina de la palma chuchana, que atravesaba de lado a lado el labio superior y apoyaba la lengua con su punta.

Casi todos los hombres llevan en sus antebrazos manojos de hierbas aromáticas o de corteza desfleada. El hombre blanco llama brazaletes a esos adornos. Durante las fiestas el cuello se adorna con collares hechos de colmillos de animales salvajes, tales como el jaguar o de las semillas de unas plantas partidas por la mitad. Las semillas tienen un sonido muy melodioso cuando son sacudidas. Los collares llevan plumas coloridas de guacamayas, tucanes y otros pájaros. La cabeza también se adorna con una corona de plumas de pájaro. Las mujeres, por el contrario, se visten muy modestamente y lucen collares y brazaletes de cuentas pequeñas en el cuello, las muñecas y el tobillo.

La cerbatana mortífera

Los coreguajes viven en pequeños clanes. En la aldea de Geruchá hay solamente nueve chozas. Las viviendas son de una planta de doble techo que se hace hábilmente con hojas de la palma enana. Dentro de las casas se cuelgan, de un poste al otro, las hamacas en las que descansan de día y duermen de noche. Ahí mismo se colocan modestos objetos de uso doméstico.

Los hombres principalmente son cazadores de presas pequeñas y de peces. Las armas consisten de unas cerbatanas, lanzas y arcos. Hoy en día usan también machetes traídos de Alemania. La cerbatana es un tubo de hasta tres metros de largo hueco en su interior que se hace del tronco de una palma. En un extremo hay una superficie de boquilla, en el otro está la mira. Una delgada flecha se introduce del lado de la bo-

quilla, un extremo de esta se envuelve con fibra de un árbol. Los labios aprietan la boquilla, la cerbatana se orienta hacia el blanco y, con un rápido y corto soplo, se expulsa la flecha. Esta flecha parece ser inofensiva, pero lleva la muerte consigo, ya que su extremo está untado de un veneno mortal llamado curare. No todas las tribus saben preparar dicho veneno. Los coreguajes —por ejemplo— lo suministran a otras tribus. Incluso en estas tribus, el proceso de la elaboración del veneno es un arte secreto conocido solo por unos pocos. Uno de los componentes importantes es el jugo de una planta cercana a aquella de la cual se extrae la estricnina. Se le agregan otros ingredientes como, por ejemplo, el ají picante, los colmillos de las serpientes, etcétera. Muchos de estos ingredientes tienen más bien un significado ritual en la ceremonia religiosa a la cual pertenece la elaboración de curare.

Los indígenas prefieren la cerbatana para la caza menor, ya que esta es silenciosa. Al encontrar un grupo de monos o una banda de guacamayas, el cazador puede conseguir varias presas sin asustar a los otros. Es importante anotar que ningún indígena dispararía a un hombre o a un animal si este no está destinado para la comida. Según las creencias, el arma perdería la fuerza de cazar. Para cazar grandes animales, tales como jaguares, tapires, pecaríes o cerdos salvajes, se usan lanzas, pues las flechas de la cerbatana no llevan suficiente veneno como para matarlos. El cuerpo de la lanza se elabora de bambú ligero y la punta se hace del mismo bambú y de la madera de otros árboles. En los arroyos y los ríos hay abundancia de peces. Los nativos van de pesca con una lanza o, más frecuentemente, con un arco. La punta de la flecha se une al asta con una larga y resistente cuerda que se enrolla en él. Cuando la flecha da en el blanco, la cuerda inmediatamente se desenrolla del eje de la lanza y el pez se saca con facilidad. Nos obsequiaron diferentes tipos de pescado conseguidos de esta manera.

Frutas, semillas, raíces y mujeres

La comida de origen animal era relativamente escasa entre los indígenas. Los productos vegetales ocupaban un lugar considerable en su menú. Una parte de ellos, como diversos frutos, semillas comestibles y raíces, se conseguía directa-

mente en el bosque. Algunos alimentos eran cultivados, como el maíz, la piña, la yuca y el ají picante. La caña de azúcar fue adoptada en los últimos tiempos, con la llegada de los blancos.

La agricultura estaba muy mal desarrollada. El cultivo de plantas estaba distribuido entre hombres y mujeres. Según las creencias religiosas de los indígenas, las plantas, igual que los animales, poseen alma. Además, unos tienen alma masculina, y otros, femenina.

A los hombres les correspondía la preparación del terreno, la tala y la quema de árboles. Las mujeres, en cambio, cuidaban ciertos cultivos, como el banano; que, según ellos, tiene alma femenina. Los hombres se encargaban de otras plantas a las que pertenecen los estupefacientes como la coca, el yagé, etcétera.

La mujer indígena llevaba todo el peso de las labores domésticas. Ella traía el plátano y la yuca de las plantaciones habitualmente alejadas de la aldea. Con la ayuda de sus hijos preparaba el casabe. Los coreguajes lo preparan de un modo distinto que los huitotos. Los tubérculos remojados se trituran en una tabla plana con la ayuda de un mazo hecho de barro. La masa triturada se coloca en unas trenzas tejidas de la corteza de una planta llamada guarumo. Estas tienen forma de cilindro y a medida que se van llenando empiezan a alargarse gracias a su elasticidad. Un extremo de la prensa se cuelga a una viga. En la otra punta se ajusta un palo. Dos o más personas se sientan en los extremos del palo y con el peso de sus cuerpos exprimen el líquido. La masa exprimida se seca, se amasa y de ella se hacen unas tortillas bastante gruesas que se asan en unas planchas de barro. Si comparamos el casabe de los huitotos con el de los coreguajes podríamos hacer un parangón con el *lavash* del Cáucaso y con el *churek* de los tártaros.

Las mujeres se dedicaban al oficio de alfarería y a la elaboración de hamacas tejidas de unas fibras resistentes de la palma cumare. Las hamacas se tejen utilizando un método muy original: sin hacer nudos, por eso son extraordinariamente elásticas y muy cómodas.

La ropa es una camisa relativamente corta con un gran escote y mangas cortas. Esta vestimenta lleva el nombre de cusma y se cose a mano. Probablemente no está lejos aquel

momento en que hasta allí llegue la famosa Singer¹⁶. Nosotros vimos a un representante de esta firma en Florencia.

Basados en la literatura existente se cree que los coreguajes pertenecen a las tribus más salvajes y crueles. Esto es inaplicable a los que conocimos en la aldea Getuchá. Por el contrario, eran ansiosos, serviciales, pero algo reservados; yo diría que estaban prevenidos contra los blancos.

Al leer el *Libro rojo sobre Perú*, que causó tanta sensación en cierta época y que fue el resultado de una investigación internacional de las crueldades cometidas contra los indígenas y colonos en las zonas caucheras del alto Amazonas por las bandas de los cómplices del senador peruano Arana, comprendemos esta desconfianza. Las páginas sangrientas de este libro narran sobre los recolectores de caucho, quienes hasta los últimos tiempos se encontraban bajo una cruel y perpetua esclavitud de los mandatarios del monopolista de la industria cauchera, que había recibido del Gobierno peruano como privilegio ilimitados espacios de los bosques amazónicos.

Los sicarios del senador

Los subalternos del senador eran libres de hacer justicia sobre las vidas de los caucheros y de someterlos al castigo o a la tortura por cualquier falta en el trabajo. Un naturalista francés, que por pura casualidad se encontraba en estos lugares, indignado por lo que había visto y escuchado comunicó a las autoridades sobre el infierno que reinaba allí. Él apoyó su indignación con fotos convincentes. El hombre infortunado pagó por eso con su vida, pero alcanzó a despertar la intervención de la comisión internacional. También en una maravillosa novela del escritor colombiano Rivera¹⁷, llamada *La Vorágine*, encontramos datos escalofriantes sobre el trato de los exploradores hacia la población indígena. Los perseguían con perros como si fueran animales salvajes, los exterminaban, los hacían prisioneros, convirtiendo a los hombres en esclavos y a las mujeres en concubinas. Para una bárbara diversión, se dejaban en los bosques reservas de provisiones envenenadas a causa de los cuales perecían tribus enteras. A decir verdad,

16) N. del E.: reconocida marca de máquinas de coser ropa.

17) N. del E.: José Eustasio Rivera.

los colombianos jamás participaron de esta diabólica empresa. Pero para un indígena, un colombiano y un peruano son blancos de los que hay que cuidarse por la simple razón de que ellos avanzan paulatinamente hacia sus bosques, los exterminan y reducen sus espacios y su libertad, sin los cuales ellos no pueden existir y van a desaparecer.

De las creencias religiosas de los indígenas no supimos nada, ya que a mis compañeros colombianos este asunto no les interesaba. Los indígenas no contestaban a las preguntas formuladas, guardaban silencio y por eso nos parecía incómodo insistir. Oficialmente son católicos y llevan nombres cristianos como Juan, Pedro, Basilio, etcétera. Pero entre ellos no se llaman el uno al otro por estos nombres.

En la aldea había una escuela de misioneros y una profesora enseñaba español, religión, matemáticas y geografía. Los domingos había misa. Es fácil imaginar qué pueden aprender los niños de esta enseñanza, si apenas están empezando a hablar español. Prácticamente todo se reduce a la memorización de los textos escolares.

La coqueta deportada

El tiempo que pasamos en la aldea fue relativamente corto. Unos días apenas. Los que no nos permitieron conocer a fondo el modo de vida de los coreguajes. Sin embargo, enseguida saltan a la vista varios rasgos característicos positivos. Primero, ellos son extremadamente aseados. La plaza de la aldea en la que estaban ubicadas nueve viviendas se hallaba escrupulosamente libre de maleza, lo cual era resultado del trabajo de los niños. Los pisos en las viviendas estaban limpios. Para satisfacer las necesidades naturales, los aldeanos se alejaban al bosque o navegaban en lanchas por el río. Se bañaban allí con frecuencia. Según parece, estiman altamente la pureza de la moral. El siguiente episodio es muy elocuente.

Una profesora trajo consigo a una sirvienta colombiana que era muy avispada y que desde el primer día empezó a coquetear. A los pocos días, una delegación se presentó ante la profesora y exigió, sin amenazas, pero con mucha firmeza, el retiro de la criada, ya que su comportamiento provocaba la desaprobación total de sus actos entre los hombres y las mu-

jeros del pueblo. La mujer fue enviada de vuelta.

Los coreguajes no tienen sus propias bebidas alcohólicas, pero de buena gana toman los licores traídos por los blancos. Estos indígenas son adictos a diferentes narcóticos, de los cuales el primer lugar lo ocupan la coca y el yagé.

La coca es un arbusto que crece en América del Sur y que es cultivado por los indígenas. Debido a las propiedades estimulantes, es altamente consumida por los indígenas y parcialmente por los blancos en los países de América del Sur. Durante el trabajo arduo de los arrieros y los cargadores de los Andes suramericanos la coca es un estimulante necesario.

Los coreguajes y los huitotos consumen la coca de la siguiente forma: la hoja fresca se seca o más bien se calienta en una sartén de barro y luego se tritura en morteros de barro hasta convertirla en polvo. A este polvo se le mezclan las cenizas de hojas de varias plantas; por ejemplo, de la cecropia¹⁸. Esta mezcla se cierne a través de una bolsita de algodón. La masa ya preparada en una cantidad de dos o tres cucharadas soperas se mete en la boca, se coloca detrás de la mejilla y se chupa lentamente. La coca se prepara antes de ir de caza y también antes de la ceremonia religiosa de la toma del yagé, de la que hablaremos ahora, sin dejar de recordar otro narcótico que lleva el nombre de hioko, que es una liana que tiene parentesco con la guaraná brasileña y de la que también se prepara una bebida estimulante. En nuestra medicina lo conocemos como la pasta de guaraná que se utiliza en calidad de analgésico. Los indígenas preparan una infusión de la corteza de la liana y aseguran que una taza de esta bebida es suficiente para que durante el día entero uno no sienta ni hambre ni sed.

El poderoso yagé del coronel

La planta más importante que posee propiedades estupefacientes es el yagé, que se utiliza ampliamente entre los nativos de la cuenca del río Amazonas. Durante un tiempo corrieron rumores acerca de sus propiedades para proporcionar

18) N. del E.: cecropia, también yagrumo, yarumo, guarumo o guarumbo (*Cecropia peltata*) es un árbol representativo de la zona intertropical americana y se extiende desde México hasta América del Sur, incluyendo las Antillas.

habilidades telepáticas. Cuentan que un coronel del Ejército colombiano, al haber tomado la infusión del yagé, vio en el estado de embriaguez, causado por los narcóticos, a su madre en el lecho mortal. A las tres semanas llegó un mensajero con la noticia de que ella había muerto aquella misma noche. Las historias por el estilo son innumerables.

Los indígenas aseguran que después de tomar dicha bebida ellos pueden escuchar música o tener visiones nunca antes conocidas: maravillosas ciudades pobladas por los blancos, por ejemplo. Cuando no abunda la caza, el chamán toma la infusión del yagé y alcanza a ver los lugares en los que están escondidos los animales y los lleva hacia dichos sitios. La investigación científica de la planta demostró que esta contiene un fuerte alcaloide que actúa sobre el sistema nervioso produciendo alucinaciones ópticas. Las propiedades telepáticas no fueron confirmadas. Se supo la influencia de tipo anestésico en el organismo. En un experimento con un perro se le inyectó el alcaloide antes de la castración y al animal no experimentó dolor. En este momento la planta es objeto de interés e investigación en Europa, sobre todo en Francia.

La bebida yagé es sagrada para los indígenas y es usada en ceremonias religiosas. Los misioneros luchan contra este culto pagano y lo prohíben. Por esta razón nos dieron un permiso especial para asistir al ritual. Desde muy temprano unos hombres nombrados por el chamán se dirigieron al bosque para preparar la bebida, pero a nosotros no se nos fue permitido asistir a la preparación de esta. La aldea comenzó los preparativos para la ceremonia después del mediodía. La choza del chamán fue barrida escrupulosamente y en ella fueron colgadas unas tazas. Nos sugirieron traer las nuestras por la tarde. La bebida fue preparada en grandes cantidades y repartida entre todos los participantes. Todas las mujeres, excepto las ancianas, los niños y los animales, antes de la puesta del sol, abandonaron el pueblo hasta el día siguiente. Los hombres se engalanaron, refrescaron la pintura en sus rostros, se vistieron con cusmas limpias. El chamán sacó del baúl una espléndida corona adornada de plumas y guacamayas. El estado de ánimo de todos era solemne.

Antes del ritual hubo un pequeño incidente. El yagé se prepara en unas vasijas de barro nunca usadas antes. Este día la vasija se rompió durante la cocción. Uno de los indígenas que estaba participando en la preparación de la bebida sagrada

salió del bosque y sin acercarse al pueblo solicitó otro recipiente. Este fue traído y dejado en un lugar visible. Cuando los hombres que lo trajeron se alejaron, este lo tomó. Temían que el yagé perdiera su poder alucinógeno, lo cual no fue confirmado.

Conjuros entre chamanes

Antes del crepúsculo, la vasija cubierta con hojas de palma fue traída con pompa a la choza y colocada frente al chamán, quien estaba sentado en un banquito en la mitad de la choza mientras sus ayudantes se disponían junto a él. Las dos primeras tazas, con una capacidad de cerca de un litro, fueron tomadas primero por el chamán, después por sus hombres y finalmente por todos los presentes, excepto nosotros. La embriaguez comenzó aproximadamente después de una hora, y el chamán comenzó a entonar una canción monótona, el significado de la cual desafortunadamente no fue claro para nosotros. En la canción se oían gritos y murmullos. Mientras cantaba, él se golpeaba a sí mismo por los hombros, al ritmo del canto con un abanico hecho de hojas de palma. En plena oscuridad de la vivienda los presentes, que yacían inmóviles y silenciosos en sus hamacas, fumaban cigarrillos repartidos por mí. Cuando la canción del indígena cesó, reinó un sordo y horrible silencio en el que se escuchaba solo el zumbido de los mosquitos.

Hace mucho tiempo en las orillas del Yeniséi tuve la oportunidad de escuchar la canción de otro chamán. Hay cierto parecido en el canto de los dos pueblos. Pero allá en Siberia, nosotros estábamos alrededor de una alegre fogata; no como allí, donde el silencio era pesado en la oscuridad de la noche. Yo no pude aguantar por más tiempo y pronto me fui a dormir. Me advirtieron que yo tenía que ir derecho y que de ninguna manera podía acercarme a la choza en la que vivía una decrepita anciana, para no disminuir la fuerza de la bebida sagrada. En cambio, los indígenas y nuestros remeros continuaron bebiendo hasta la mañana. Uno de ellos estaba curando sus piernas de reumatismo con el chamán. Al día siguiente, él dijo que se había curado, pero dentro de poco tiempo la enfermedad se agravó y, camino de regreso, tuvimos que abandonarlo.

Antes de continuar nuestra travesía río abajo, hasta la unión con el caudaloso Yapurá, que lleva el nombre de Caquetá en su corriente superior, realizamos varias excursiones por los alrededores para conocer la flora de esta región selvática. Los indígenas que nos acompañaban tenían excelentes conocimientos de botánica. Ellos conocían cada árbol, cada planta, no solamente por su nombre sino por sus cualidades benéficas sabidas.

Cerca de la aldea se encontraban las plantaciones de yuca, piña, caña de azúcar, ají picante, tapó (*Caladium*). Se cultivaban la coca y el yagé. Este último, según nuestros acompañantes, estaba conjurado por el chamán de la tribu enemiga y había perdido sus poderes mágicos. Continuamos nuestro viaje por el majestuoso bosque recogiendo plantas para nuestro herbario. Tuvimos suerte esta vez y nuestra colección se enriqueció con la bromelia rosada.

Congas y sanguinarias tambochas

Sobre los troncos podridos se arrastraba la temible conga. Una gran hormiga de color negro cuya mordida provoca una fiebre altísima que tumba hombres fuertes por una semana. Las hormigas en estos bosques son un atributo indispensable. Ellas están por todas partes, las hay de diferentes colores y tamaños, y caen sobre uno, desde las ramas y de las hojas de los árboles que uno roza mientras camina. Por el sendero se mueve una procesión en miniatura. En primer instante se ve solamente una masa verde en movimiento. Si se mira con atención se observa una fila de hormigas, cada una lleva un pedazo de hoja recortada y puesta en posición vertical, cuyo tamaño supera varias veces al de la hormiga. Estas hormigas se llaman arrieras o jardineras. Todos los árboles están cubiertos con unos nidos hechos de tierra en forma de tubos o galerías que son construidos por ellas.

Hay otras que viven en hoyos y cavidades de los troncos de los árboles. También existe una serie de plantas en cuyos troncos y ramas vacíos se acomodan otras hormigas. Los cauchoeros cuentan historias sobre las terribles tambochas, unas hormigas sanguinarias que de vez en cuando migran. Ante su innumerable ejército, escapan horrorizados todos los seres

vivientes y detrás queda solamente un desierto cubierto de huesos de sus víctimas. La única salvación es el agua a la que ellas temen. Unas pequeñas y amarillas hormigas que llevan el nombre de *quitapereza* acaban con los víveres, las colecciones de insectos y hasta los herbarios. En una palabra, en el trópico las hormigas son una amenaza constante, más que los mosquitos o los animales salvajes.

En algunas partes del bosque, los ríos forman unas grandes lagunas en las que habita la anguila eléctrica, que puede tumbar a un hombre con su descarga. También es como una culebra de agua llamada guío, de temible aspecto y grandes proporciones, pero completamente inofensiva.

El tenis indígena

En los ríos y riachuelos hay atravesados unos troncos que sirven de puente. No siempre es fácil para un europeo cruzarlos, sobre todo, si usa pesados y lisos zapatos que se resbalan en ellos. A veces es imposible caminar por el denso bosque entrelazado con lianas, y hay que abrirse paso con la ayuda de un machete.

Tuvimos la oportunidad de probar la leche vegetal que es el jugo de un árbol cuyo nombre científico es *Galactodendron utile*. En realidad, su sabor recuerda la leche de vaca. El líquido sale abundantemente de las ranuras hechas en la corteza del árbol y se recoge con unas improvisadas tazas hechas de las hojas enrolladas de heliconia. Otro árbol que pertenece a la misma familia produce un producto valioso cercano a la gutapercha que lleva el nombre de balata. Tanto los indígenas como los colonos llamados balateros trabajan para unos empresarios emprendedores. Para extraer el producto, el árbol se tala; y en el tronco se hacen unas incisiones por las que baja el jugo lácteo. Este se recoge en hojas, se hace espesar y se prensa en placas.

Los bosques locales son ricos en valiosas especies de árboles. El palisandro se utiliza en la carpintería. Del siguiente árbol, perteneciente a la familia de las lauráceas, se extrae la corteza aromática que sirve como sustituto de la canela. Otros contienen en su madera un aceite cuyo olor se diferencia poco de la trementina francesa.

Desafortunadamente todas estas riquezas se quedan sin utilizar, en parte debido a la ausencia del espíritu de la iniciativa, y en parte por la falta de transporte. Existen dos palmas que los indígenas utilizan para sus necesidades y para la venta. La milpesos, que produce una extraordinaria fibra llamada cumare. Otra palma, cuyo nombre es mauriquio, con sus gigantescas hojas de abanico, crece en zonas pantanosas y en las orillas de riachuelos y lagunas, formando bosques enteros. Su nombre local es canangucha, ya que sus frutos escamosos se parecen a la piel de una serpiente venenosa del mismo nombre que vive debajo de esta palma.

La veinticuatro y sus víctimas

Casi no tuvimos encuentros con las serpientes durante nuestros viajes, pero oímos mucho sobre ellas. En la Costa Atlántica se encuentra la peligrosa serpiente de cascabel, cuyo hábitat son las zonas calientes, secas y arenosas. En cambio, las regiones selváticas son famosas por la serpiente venenosa mapaná que, pertenece al género de las lachesis. Otra serpiente que lleva el nombre de la *podridora* se destaca por lo siguiente: dicen que después de su mordida, bajo el efecto del veneno, la carne empieza a descomponerse y a desprenderse de los huesos. También, una pequeña serpiente, a la que llamaban veinticuatro, recibe este nombre debido a que la muerte llega 24 horas después de la mordida.

Un cauchero nos contó que en una noche de lluvia sus compañeros y él tuvieron que quedarse en el bosque, cuando uno de los hombres fue mordido por esta serpiente. En la mañana este empezó a sangrar por las orejas, por la boca, por los ojos y al tercer día el desdichado murió. En la mayoría de los casos los ataques suceden de noche, ya que las serpientes son principalmente animales nocturnos. Es curioso anotar que para evitar las mordidas se aconseja caminar rápidamente. Para atacar a su víctima el animal debe enrollarse y encontrar un punto de apoyo para su cuerpo, y para esto necesita tiempo. Por eso si caminan varias personas, una tras otra, el primero no corre riesgo de ser mordido. Mientras que el siguiente sí.

Cualquier serpiente, por más grande que sea, de hasta dos metros de largo, raramente muerde más alto de la rodilla. Ha-

bitualmente el reptil enrollado actúa únicamente con la parte delantera del cuerpo y por eso se lanza a corta distancia. Las botas altas y los pantalones gruesos protegen casi por completo contra la mordida de una serpiente. El problema es que este tipo de calzado es utilizado únicamente por los viajeros extranjeros. La población local, por lo general, anda descalza y por eso arriesga su vida.

No pude conseguir datos estadísticos confiables para Colombia; pero para el vecino Brasil, los datos son escalofrantes: cada año alrededor de 15 000 personas caen víctimas de las mordidas de las serpientes, de las cuales un tercio muere. Para concluir, quiero mencionar una serpiente de tamaño bastante grande que extermina a otras serpientes. Su nombre es la cazadora y por eso es la protegida por los nativos. En Brasil ella se conoce como la *mussurana*.

Los 36 colmillos del jaguar

En nuestros ratos de ocio seguíamos conociendo el modo de vida de los indígenas y conseguimos algunos objetos de uso doméstico y ritual. Una de las primeras adquisiciones etnográficas fue un collar de colmillos de jaguar, que obtuvimos de un chamán por un precio alto. El collar es una pieza única que consiste de 36 colmillos seleccionados rigurosamente, según el tamaño. Para la elaboración de este adorno fueron sacrificados 18 animales y los colmillos fueron recogidos probablemente por muchas generaciones.

Después, la colección se enriqueció con una gargantilla hecha de unos frutos sonajeros muy melódicos con plumas de pájaros entrelazadas. Unos niños me consiguieron muestras tejidas de sus juguetes por un precio de diez centavos cada uno. Entre ellos se destacaban un trompo hecho de palma cumbre y unas pelotas elaboradas con hojas de maíz. Con estas últimas se juega a algo parecido a nuestro tenis usando las manos en vez de raquetas. Yo observaba estos juegos con admiración.

Una niña me trajo un precioso collar de semillas de una palma. De una respetable mujer indígena recibí un curioso peine hecho de la madera negra de la palma chonta. A pesar de la pequeña cantidad de objetos adquiridos en el Amazo-

nas, posteriormente se supo que muchos de ellos no estaban presentes en las colecciones de los museos europeos. Por ejemplo, en la colección del señor Preis en Berlín, quien había visitado aquellos lugares unos años antes. Por eso nuestro museo académico, donde yo entregué los objetos etnográficos recogidos por mí, posee unas interesantes muestras de la cultura indígena.

Las inundaciones católicas

Una espléndida mañana, cuando aún no se había secado el abundante rocío, partimos río abajo. Además de nuestros dos remeros nos acompañaban dos indígenas, uno de ellos era el cacique de la tribu. Este último manejaba con destreza los remos. El nivel del agua era alto todavía y muchas islas estaban sumergidas. Según las creencias de la población local nos encontrábamos en medio de las inundaciones cíclicas que coincidían con las fiestas católicas. Había por ejemplo inundaciones pascuales, las de la santísima trinidad, etcétera. No puedo decir a qué festividad teníamos que estar agradecidos, pero gracias al alto nivel del agua pudimos navegar tranquilamente sin preocuparnos por los peligrosos «compradores». Buscábamos con afán un albergue nocturno.

Habitualmente cualquier isla o banco de arena servía para pasar la noche. Ahora todo estaba debajo del agua o acababa de salir de ella. Por esta razón muchos espacios estaban cubiertos de un fangoso limo y era imposible instalar una tienda de campaña. Tampoco había árboles secos para encender una fogata. Sin embargo, los indígenas nos tranquilizaron diciendo que de todos modos encontraríamos albergue en una de las islas.

Con mucho interés observamos la vegetación que nos rodeaba y de vez en cuando nos acercábamos a la orilla para recolectar plantas y tomar fotos. Esporádicamente cazábamos para completar nuestras modestas reservas de víveres. Pablito resultó ser un cazador apasionado que disparaba a cada momento su arma de pequeño calibre y con mucha frecuencia daba en el blanco. Uno de los remeros fue más afortunado y en la tarde nuestro trofeo consistió de una gran ave, un ganso y un pequeño mono llamado dictú o maicero, que represen-

taba una amenaza para las plantaciones de maíz. Todo estaba listo para la preparación de la cena.

La «sequía» de las lluvias

El tiempo cambiaba varias veces al día. Había momentos en que brillaba y quemaba el sol, pero de repente el cielo se cubría con nubes y caían aguaceros de los que nos salvábamos gracias a nuestros impermeables. En la tarde atracamos en una isla, instalamos una tienda de campaña y cenamos. La luna estaba llena, no había mosquitos y llegaban hasta nosotros sonidos de la noche tropical. De vez en cuando se oía el ruido sordo del jaguar. La mañana era maravillosa y nuestros remeros anunciaron el comienzo del período seco, pero sus pronósticos no se cumplieron y llovió varios días seguidos. Llegamos hasta el último curso, detrás de este se encuentra el misterioso Caquetá, como es llamado. Mientras que el Amazonas lleva el nombre de El Majestuoso y el Orinoco es denominado El Magnífico. En general, allí todos los ríos son enigmáticos. Los recuerdos de la navegación por estas majestuosas arterias fluviales son inolvidables, en donde ante nuestros ojos el trópico aparece en su pureza intacta, no alterada por la civilización. En ocasiones es salpicada en las orillas por uno que otro rancho abandonado por los balateros. La flora cambia con cada paso que damos. Palmas reinas, ficus, ceibas, bromelias, cecropias, bambú, heliconias se ven por doquier, incluso en las orillas de los ríos.

En el lugar de la desembocadura del río Orteguaza, en el río Caquetá, decidimos instalarnos en un banco de arena. Este lugar estaba cubierto por completo de miles de tortugas que tomaban el sol. Se marcharon y desaparecieron en el agua sin dejarnos acercar mucho. Instalamos nuestra tienda de campaña en la arena que apenas había secado después de que el nivel del agua había disminuido. Uno de nosotros fue de excursión y el resto se marchó de caza a conseguir provisiones. Nos acompañaron los indígenas coreguajes. Poco antes de la puesta del sol regresamos al campamento cargados de ejemplares para nuestra colección.

Al occidente se divisaba el paisaje mágico. La puesta del sol púrpura se mezclaba con la oscuridad de la noche y múltiples

bandas de guacamayas se alejaban de la tormenta en nuestra dirección, llenando el solemne silencio con sus penetrantes gritos. Estos pájaros se posan siempre por parejas en las ramas más altas y al recobrar aliento vuelan otra vez hacia el occidente. Nosotros también estábamos esperando la tormenta que aceleró la llegada de la noche. Pero, en su lugar, en el cielo apareció un arcoíris. Patricio, nuestro remero principal, sacó su machete y en forma imaginaria lo hizo pedazos para alejar la tempestad.

Mientras nosotros estábamos conociendo los alrededores, los cazadores regresaron con un trofeo: varios pájaros y una tortuga terrestre llamada morrocuya. Además, unos balateiros que navegaban río abajo nos regalaron carne ahumada del mono churuco. Por eso nuestra comida estaba asegurada. Los cazadores amenizaban la cena con sus cuentos y nos aseguraban que, para cazar al jaguar, la carga debe contener un número impar de cartuchos. Con el número par sería imposible hacerlo. Por otra parte, sus historias contenían muchas observaciones interesantes sobre el comportamiento de los animales que habitan allí.

Una lección merecida

Al disponerme a dormir, recordé la historia de un europeo que viajaba por estos lugares con su sirviente y unos remeros indígenas. El hombre —que se creía culto— consideraba a los indígenas como unos salvajes y los trataba despectivamente, aplicando de vez en cuando la fuerza. Los nativos soportaban esto con humildad. Esa vez todos ellos pasaron la noche en una isla, y por la mañana, solo se quedaron allí el hombre blanco con su sirviente, ya que los nativos desaparecieron junto con la lancha durante la noche sin dejar rastro. Pasaron tres largos y angustiosos días antes de que otra lancha que navegaba río abajo los rescatara.

Camino de regreso, nuestra embarcación se enrumbo río arriba con la ayuda de un par de remos y con dos palancas. La navegación río arriba, especialmente en la creciente, exige habilidades extraordinarias de quienes manejan las pértigas. Hay que utilizar las ramas de los árboles inclinadas sobre el agua, troncos hundidos, asperezas de la orilla para desplazar

la lancha contra la corriente. Con frecuencia hay que atravesar el río. Para hacer esto se requiere un gran esfuerzo al manipular la pesada pértiga y, según el capitán Teófilo, había que manejar la pértiga como un ligero bastón.

Empleamos dos días, y medio camino de regreso. Y pasamos dos noches en el río. Esta vez navegamos por lugares conocidos; por ejemplo, pasamos por la isla donde matamos a un ganso y por eso el lugar fue bautizado como la Isla del Ganso Muerto. En otro lugar, cerca de un banco de arena, divisamos una gran babilla, la que nos permitió acercarnos. A pesar de que pedí que no le dispararan para poder fotografíarla, Pablo hizo fuego una y otra vez hasta que el inmenso reptil se desplomó lentamente en el agua a unos diez pasos de nuestra lancha. Pablito se lamentó de haber perdido en vano las balas, en cambio yo no le pude perdonar de haberme privado de la posibilidad de tomar una foto única.

Los indígenas coreguajes nos recibieron amistosamente en Getuchá. Allí pasamos el resto del día en los preparativos para nuestra partida. Al día siguiente emprendimos el viaje de regreso a Florencia. Nos acompañaba Boga, el remero indígena. Al principio nos disponíamos a visitar a los indígenas de la misma tribu que vivían en el río Pescado, pero tuvimos que renunciar a esa idea, debido a la hostilidad entre ambos clanes.

Las enfermedades que cura don Pacho

Por eso viajamos ininterrumpidamente hasta el primer pueblo habitado por colonos llamado El Mirador, donde encontramos albergue en la casa de un viejo balatero llamado don Pacho Toledo. La vivienda era sucia y estrecha y con gran esfuerzo nos acomodamos en ella junto a nuestro voluminoso equipaje. La dueña de la casa, que era una gorda y hospitalaria mujer, rodeada de loros domesticados de los más diversos tamaños y colores, hizo todo lo posible por darnos la bienvenida. Además, nos ofreció una docena de huevos para el día siguiente. En la tarde regresó el dueño de la casa y al enterarse de que nosotros coleccionábamos plantas, nos contó innumerables historias sobre las propiedades curativas de la flora local. A la gente en Colombia le gusta hablar sobre el tema de las enfermedades y de cómo curarlas. En casas de ricos y po-

bres siempre hay un botiquín que está en un rincón destacado con numerosos frasquitos con los remedios recetados y los caseros; también hay manojos de hierbas medicinales. Don Pachó tiene reservas de medicinas bastante completas, pero esto no lo salva de padecer de un tracoma crónico en ambos ojos. La pareja se dedica principalmente al cultivo de tabaco y a la fabricación de cigarros.

Al otro día por la tarde, después de una corta parada donde el ya conocido don Javier, llegamos a la hospitalaria Montañita. A cinco kilómetros de ahí vive una tribu de los huitotos a quienes decidimos visitar. Al día siguiente muy temprano por la mañana salimos acompañados por los indígenas. El camino pasaba primero por un área talada, después por las interminables y monótonas plantaciones de saboya. Los habitantes de Montañita poseen varios rebaños de ganado que pasta en los lugares recuperados de los bosques talados y quemados. Los huitotos empiezan a dedicarse a la ganadería a diferencia de los coreguajes que son cazadores.

La aldea de los huitotos

Lo primero que conocimos en la aldea de los huitotos fue un instrumento bastante particular llamado maguaré, utilizado para la transmisión de sonidos a larga distancia. El objeto se asemeja a un primitivo aparato telegráfico que consiste de unos redondos troncos dentro de los cuales hay unos complejos laberintos. A lo largo del tronco hay una ranura exterior que aumenta de grosor hacia los extremos en forma de T. Los troncos son de diferentes tamaños, unos largos, otros más cortos. Para la producción de sonido se utiliza un mazo ancho de madera, pesado, envuelto en caucho y trenzado por fuera con una red de finos cordones.

Los indígenas se comunican unos con los otros con la ayuda de dos mazos y utilizan su propio abecedario de sonido. Este instrumento tiene gran resonancia ya que el sonido se transmite hasta ocho o diez millas. Semejantes aparatos de transmisión de sonido existen en unas tribus africanas, aunque tienen un diseño diferente. Dicen que la noticia del comienzo de la primera guerra mundial en el año 1914 fue transmitida al tercer día en el corazón de este continente negro con la ayuda de dicho instrumento

El telégrafo de maguaré

La población indígena vecina fue avisada sobre nuestra llegada al pueblo por golpes de maguaré. Nos ubicamos en una espaciosa casa del cacique, quien nos recibió sentado en una silla que estaba hecha de piel de jaguar. Muy cerca, en un lugar especial, yacía su cetro de poder, un arco con flechas y una pequeña calabaza llena de un líquido espeso y oscuro. De vez en cuando los indígenas sacaban de allí un palito mojado en este líquido y lo chupaban. Esta sustancia resultó ser una infusión concentrada de tabaco. Los huitotos de esta aldea pertenecen al clan de los «venenosos» y se consideran bastante civilizados.

Ellos visten ropa de tipo europeo, pero los indígenas que viven bosque adentro andan casi desnudos, cubriéndose solamente las caderas con un retazo de tela o, con más frecuencia, con un pedazo de corteza de árbol. Esta se toma de un árbol, al que los blancos llaman fono, se remoja en agua y después se aplasta con ayuda de unos mazos de madera. El resultado es algo parecido a un grueso y rústico fieltro con el que se cosen unos pantalones usando fibras de palma. Una muestra de esta vestimenta primitiva estaba colgada en el techo de la terraza, pero a pesar de todas mis súplicas no me la vendieron. Tampoco pude conseguir unas pulseras sonajeras para las manos y los tobillos, que se ponen durante las danzas ceremoniales.

El único objeto etnográfico de gran valor, excepto dos hamacas de tejido bellísimo, fue un mazo para el manguaré. Este mazo era un objeto sagrado y después de muchos intentos de persuadir y de hacerle muchos obsequios al jefe de la tribu, este por fin nos los vendió.

Los indígenas ahí presentes expresaban su descontento al cacique haciéndole unas advertencias en un tono bastante grave. El lenguaje de los coreguajes no es muy armónico. Debo admitir que yo tuve suerte al conseguir este valioso objeto; en cambio el etnógrafo alemán Preis no pudo hacerlo y al enterarse acerca de mi adquisición me trató de convencer cederla, ofreciendo una muy buena recompensa. El mazo está en nuestro museo académico. De acuerdo con lo que estuve informado, una pieza de estas se encuentra solamente en un museo en el exterior.

Poderosos caciques se engalanan

El jefe de la tribu poseía unos extensos dominios: plantaciones de piña, yuca, caña de azúcar, de árboles frutales y, por supuesto, de coca, que los huitotos preparaban de la misma forma que los coreguajes. Además, tenían cierta cantidad de ganado bovino, caballos y aves domésticas; por eso nosotros pudimos abastecernos de huevos y queso fresco.

Decidí tomarle una foto al cacique con su familia. Él mismo se puso un traje bastante formal, llevaba una colorida corbata y un sombrero de paja. Su esposa usaba falda y una blusa de encaje. Sus caras quedaron pintadas de negro.

En el patio de la casa del cacique se albergó un grupo de artesanos dedicados a la elaboración de unos impermeables llamados encauchados. Un pedazo de tela con un corte en la mitad se extendía en un bastidor cuadrado. La tela se unta con el jugo de árbol de caucho mezclado con cera, después se seca en el sol, se saca al aire libre por una noche para que se humedezca y se frota con almidón de yuca. Esta vestimenta es completamente impermeable y cuesta alrededor de ocho dólares o más. Se necesitan dos días de viaje para traer el extracto de caucho, ya que todos los árboles en los bosques cercanos han sido exterminados.

El cacique, que al principio nos trataba con desconfianza, nos aceptó poco a poco y nos mostró sus dominios, nos llevó al bosque en el que tuvimos la oportunidad de conocer las plantas que atraían nuestro interés. Camino de regreso, él trató de convencerme de que me quedara y de que pasara una semana en su casa con el fin de mostrarme muchas cosas interesantes. Pero era necesario apresurarnos. Le agradecemos su hospitalidad y emprendimos el viaje de retorno a Montañita, dejando a Rafael, uno de nuestros remeros, quien se quejaba de sus piernas enfermas. El 50% de la población sufre del mismo mal. Al día siguiente continuamos la ruta río arriba.

Ahora contábamos solamente con tres remeros y nos esperaba la parte más difícil del recorrido. Numerosos rápidos exigían de la gente máximo esfuerzo. En el lugar más complicado todos nosotros, excepto los remeros, nos desplazamos por tierra por el camino corto, atravesando un pintoresco desfiladero llamado La Garganta del Diablo.

Nos reunimos con la lancha de Venecia donde de nuevo fuimos recibidos muy cordialmente por don Maximiliano. En nuestro honor fue sacrificado uno de sus gallos de riña. Al día siguiente, por la tarde, llegamos a Florencia con una magnífica colección, con muchos recuerdos y con cierto sentimiento de lástima porque no hubo posibilidad de prolongar por unos días más nuestro viaje por los parajes vírgenes de este interesante país.

Ahí tuve que separarme de mi compañero de trabajo, Yu¹⁹. Él se quedó para terminar sus investigaciones sobre las especies de los árboles de caucho. En cambio, yo tuve que realizar un viaje a la cordillera central en el departamento del Tolima. Los preparativos para el viaje se prolongaron una semana.

Niños memoristas

Ocupamos la terraza de la escuela que desde la mañana se llenaba de las voces de los niños que memorizaban sus lecciones. Debido a que dentro de una semana tendría lugar una solemne fiesta, los escolares aprendían a coro unas canciones patrióticas. La selección y el proceso de empaque de las colecciones eran interrumpidas por las visitas del hermano Jorge, que solía invitarnos a tomar café. En general el trato hacia nosotros continuaba siendo muy bueno y el comisario se desahcía en alabanzas durante nuestros encuentros.

Llegó el día de la partida. Montamos en los caballos y salimos al trote de la hospitalaria Florencia acompañados por la cabalgata de Pablito, por la ya conocida carretera.

Pablito era un excelente jinete, pero como todos los colombianos, durante el viaje a caballo tenía un aspecto un poco extraño debido, a los chamarros que se ponían encima de los pantalones y que protegían las piernas del polvo y el barro, pero le daba al jinete un aspecto torpe y algo cómico. Como nuestra carga era pequeña, pudimos avanzar bastante rápido y pronto llegamos a Sucre, donde nos detuvimos para conseguir muestras de caucho y recoger retoños de ese árbol. Nuestro acompañante escogió un árbol, según nuestra petición, pero tuvimos que gastar mucho tiempo para alcanzarlo,

19) N. del E.: al leer esta anotación del autor, de estas memorias se infiere que la Comisión de Marras estaba integrada por los acompañantes colombianos, más dos miembros de la Misión rusa.

después de abrírnos camino a través de la espesura del bosque, el árbol fue derribado. Las ramas fueron separadas del tronco y con la ayuda de un machete se hicieron cortes transversales. Un jugo lácteo y espeso salió de estos con abundancia y se hizo denso rápidamente al contacto con el aire, y se extendió en finas cintas alrededor del tronco. Los cortes se cubrían con hojas de una palma y dentro de tres o cuatro días el industrial vendría para quitarlas y enrollarlas.

Le dedicamos casi un día entero a este trabajo. A propósito, allí, por primera vez durante toda nuestra estancia matamos cuatro serpientes, dos eran **veinticuatro**. Cuando Pablito se subió a un árbol, casi agarra a una de ellas confundiéndola con una rama. Afortunadamente el ojo experto del cauchero lo advirtió del peligro. El resto del día lo dedicamos a la recolección de los retoños. Por la mañana continuamos nuestro camino hacia el alto, sometidos a una lluvia torrencial.

La culebra velocísima

Por el camino tuve la oportunidad de observar algo muy interesante. Yo cabalgaba en mi mula por el sendero del bosque mientras Pablito y el arriero se quedaban atrás para arreglar la carga. De repente escuché un extraño susurro junto a mí. Resulta que muy cerca en una zanja, al lado de una trocha, se deslizaba muy graciosamente una pequeña culebra verde de cerca de un metro y medio, tan rápido que sobrepasaba a mi mula. Me acompañó casi por un minuto hasta que desapareció por una grieta. Dos meses más tarde. La vi de nuevo, pero esta vez en Venezuela. Cuando yo subía a la montaña por una estrecha trocha, tuve que dar una vuelta alrededor del tronco de un gigantesco árbol, cuando vi en una rama la misma culebra de color verde que estaba enrollada varias veces. No se movía y parecía solamente mirar con perplejidad al perturbador de su tranquilidad.

Continuamos bajo la lluvia casi todo el camino hacia el alto. Esta vez también fui privado de la posibilidad de admirar el panorama de las tierras bajas del Amazonas desde el punto más alto. La lluvia apareció solo después de llegar al otro lado del alto, y el buen tiempo nos favoreció hasta Guadalupe.

Al hotel donde nos hospedamos vino nuestro conocido, el

señor Marco Tulio Cuenca, el funcionario de la oficina de correos. Le había sucedido una desgracia, su esposa había sido condenada a un año de prisión por el robo de un giro postal. Toda la esperanza estaba puesta en Pablito, quien podría ayudarle utilizando sus influencias en la capital. Él me ofreció unas muestras de unos finos bolsos tejidos que eran típicos de esta región y también un sombrero tipo suaza. En Colombia en total se destacan tres tipos de sombreros: el pastuso, el suaza y el zapatoca. Los dos primeros se consideran los mejores. Marco Tulio nos proveyó de un caballo de carga con un guía hasta Neiva, hacia donde nos dirigimos a la mañana siguiente. Ahora se podía vadear el río Suaza, pero el nivel de agua era bastante alto y llegaba hasta las rodillas de los jinetes, cuando la corriente era muy fuerte.

Quema infernal de bosques

El viaje que nos tomó dos días y medio la vez pasada, esta vez duró un día y medio, debido a que no nos detenía la carga. Pasamos la noche en una ciudad llamada Garzón, rodeada de plantaciones de café y exuberantes jardines con palmas de coco y otras interesantes palmas que produce un fruto llamado chontaduro y cuyo sabor recuerda levemente los melocotones.

Pronto la sabana de Altamira se quedó atrás. Dejando a un lado el llano, atravesamos el río Suaza por el puente colgante. Continuamos por la cuenca del río Magdalena, que está envuelta en una espesa nube de humo a causa de la quema de los bosques. Antes de alcanzar el albergue sufrimos una violenta tormenta con un fuerte aguacero del que ni siquiera nos salvaron nuestros impermeables.

Llegamos a Neiva al mediodía, y con la ayuda de ya establecidos contactos, encontramos una mula de carga con un arriero para nuestro viaje a la cordillera central. Pasé la tarde en la casa de un destacado médico local, el doctor Cabrera, quien me dio muchos datos interesantes acerca del quino y sobre su cultivo en la cordillera oriental. También nos dijo que en la región de la cordillera central se obtiene la cera vegetal de la que hasta hoy se fabrican velas y antorchas para las minas locales. Nos encontramos en la frontera del supuesto

territorio interno o indígena, que hasta el presente goza de la autonomía parcial y trabaja bajo la administración de los propios caciques indígenas que han sido elegidos. Hay zonas en el territorio en las que no se permite el acceso al hombre blanco. Es necesario conseguir un permiso del jefe indígena para visitarlas.

Despojados de «las tierras intocables»

Según las viejas leyes del régimen colonial, los territorios indígenas del antiguo virreinato de la Nueva Granada eran inaccesibles para los blancos, pero al mismo tiempo, intocables. Posteriormente los indígenas hicieron dictar una ley en el Congreso de la República que les concedió el derecho de venta de sus tierras. Muy pronto las mejores tierras fueron compradas, y se convirtieron en latifundios de ricos ganaderos y de los poderosos dueños de plantaciones de café.

Durante nuestra estadía en Garzón, tuve la oportunidad de conocer a un rico agricultor, el señor Alberto Suárez, quien en vísperas de su matrimonio con la marquesa francesa le había regalado una montaña entera en la orilla izquierda del río Magdalena con un área de varias decenas de miles de hectáreas.

Los indígenas, restringidos en la exploración del suelo, plantearon una propuesta sobre el restablecimiento de la vieja ley de la propiedad agraria de su territorio y sobre la devolución de las tierras expropiadas. La lucha legal no tuvo éxito y en el departamento del Tolima estalló una rebelión. Las autoridades colombianas reprimieron la sublevación con crueldad y el jefe de los indígenas fue recluido en una prisión capitalina donde estaba pasando su segundo año. El territorio interno fue poblado por las tribus con una cultura altamente desarrollada. Ellos dejaron unas interesantes plazoletas funerarias en las terrazas de las pendientes de las montañas, unos montículos con curiosos objetos hechos de barro y oro, unas piedras con propiedades no descifradas y otros objetos del pasado hasta el momento muy poco examinados desde el punto de vista arqueológico y etnográfico.

Junto a ellos vivían despiadados caníbales que habitaban sitios poco accesibles. Los cronistas describían las costumbres

de las tribus culturalmente desarrolladas en tonos muy sombríos, mencionando sangrientas víctimas humanas que se sacrificaban periódicamente para el aplacamiento de los dioses. En el presente, los indígenas se consideran oficialmente como católicos, pero conservan sus creencias paganas.

Huevos de nigua en mi cuerpo

Antes de partir de Neiva fui sometido a una pequeña operación. En América del Sur se encuentra un insecto llamado nigua que habitualmente abunda en lugares donde hay cerdos. Este animal penetra por debajo de la piel y, a veces, por debajo de las uñas de los pies y se convierte en una bolsa llena de huevos. Su presencia se descubre cuando alcanza esta fase de desarrollo y se manifiesta con un prurito insoportable. Casi todos nuestros compañeros de viaje por el Amazonas sufrieron de este mal. El vector del contagio podría ser el criadero de cerdos en la finca de don Maximiliano. Para curarme del parásito fui adonde una mujer indígena que abrió con gran habilidad la parte inflamada en el dedo con una aguja y sacó la hembra de nigua. Luego ella untó mi dedo con yodo que era un medicamento nuevo para las enfermedades. Decía que si la herida estaba mal curada y quedaban unos huevos, todo esto podría provocar una fuerte inflamación y en ciertos casos terminaba con una gangrena.

Enviamos la mayor parte de nuestro equipaje en el campán que se dirigía hacia Girardot y, con una ligera carga y acompañados por un guía, atravesamos el río Magdalena en un pontón. Nos dirigimos a la zona premontañosa de la cordillera central a través de una triste sabana. A nuestro alrededor había un desierto desolador, pero más adelante se divisaba un exuberante verdor. A causa del calor, aceleramos el paso de nuestros animales a la espera de la agradable frescura que nos prometían estos parajes. Pero desafortunadamente estos solo eran unos chaparros, árboles retorcidos con hojas tan ásperas que podrían ser utilizados como lija para pulir. Entre los chaparrales se veían unos pequeños árboles solitarios con troncos desnudos llamados cembes, que son muy comunes en las pendientes montañosas de la sabana. Los encontrábamos con frecuencia por el camino.

La acción dañina del hombre

Tal vez como en ninguna otra parte en el trópico se observa tanto la acción destructora del hombre sobre la naturaleza. Ya hacía tiempo que, durante la descripción de nuestro viaje por la cuenca del río Magdalena, había hablado sobre el paisaje desértico. Se veían ríos secos que anteriormente eran caudalosos, barrancos muy erosionados, restos de bosque húmedo: todo esto era una muestra de la acción dañina del hombre. August Saint Iler, quien anteriormente había realizado un viaje por Brasil al principio del siglo pasado (XIX), señalaba la progresiva deforestación de esta región y lo explicaba como una consecuencia de la economía primitiva.

En Colombia observamos la misma situación. Allí no existe la agricultura, tampoco hay implementos adecuados, excepto un palo cuyo extremo es afilado. Antes de sembrar el maíz, dos meses antes de la época de las lluvias, talan un pedazo del bosque en la pendiente de la montaña guiándose en la elección del mejor suelo de una manera empírica, o sea teniendo en cuenta las especies de árboles que crecen en el lugar. Poco antes del comienzo del período de las lluvias o invierno, como dicen allí, toda la madera se quema y con las primeras gotas de la lluvia hechas, con la ayuda de un palo se siembran los granos de maíz. Hasta ahí llega toda la preparación del suelo. En las regiones predominantemente ganaderas de la misma forma se preparan los pastizales.

El maíz raramente se cosecha más de dos años seguidos, ya que durante este tiempo el suelo se empobrece. Los campos dejados se cubren de matorrales y helechos, y después de unos años de inactividad toda la vegetación se tala y se quema nuevamente. Entonces la cosecha se realiza una sola vez y el proceso se repite de nuevo: la tala, la quema y luego la nueva siembra; pero en cada siembra se obtiene una menor cosecha. Por último, los arbustos dejan de crecer y la tierra se cubre de helechos. Ahora la tierra es apta solamente para un tipo de cereal llamado faragua, el cual se le da al ganado para engordarlo. Cada año los restos de los cereales se queman, lo que provoca el empeoramiento de la calidad del suelo.

Las tierras poco fértiles se abandonan después de la primera cosecha y se cubren de árboles y arbustos de clima árido. Si

bien es cierto que para desarrollar la agricultura se necesitan los bosques, también lo es el hecho de que donde se realiza la agricultura desaparecen los bosques.

La agricultura más o menos racional, el cultivo de caña de azúcar y las plantaciones de café, es una excepción en el panorama general de la desenfrenada destrucción de los bosques. A veces era muy difícil imaginar que hacía apenas dos o tres años allí había un bosque exuberante. Cerca de la ciudad de Palermo había una extensa llanura a lo largo del río que no tenía ni un solo árbol, pero bajando desde la montaña, uno notaba que estaba cubierta de tocones que se habían convertido en nidos de termitas. Toda la llanura estaba cubierta de estos siniestros conos.

Nuestro guía iba con una mula de carga y debía alcanzarnos en Palermo. Llegó la tarde, pero él no aparecía. En vano lo esperamos hasta que cayó la oscuridad y preguntamos por él en todas las posadas. Tampoco llegó por la mañana. Decidimos enviar un telegrama acerca de su desaparición a la ciudad de Neiva. Pablito y yo continuamos nuestro recorrido suponiendo que el hombre había decidido tomar otro camino más corto.

Peñascos y desfiladeros para mulas

El viaje fue muy animado, especialmente en el tramo del río Tune que se abría paso entre las rocas del asperón rojo. Nosotros tomamos la nueva «carretera real», que abría el camino hasta Palmira, ciudad que se encontraba del otro lado de la cordillera. Este camino era en realidad un adecuado sendero montañoso mientras estaba nuevo, pero amenazaba con convertirse en una vía poco transitable después de las primeras lluvias. Al pasar por ahí no se veían bosques. Predominaban las sabanas, los pastos y se observaban espacios extensos de bosque recién quemados. El relieve era variado y consistía de peñascos y desfiladeros.

De vez en cuando salían a nuestro encuentro caravanas que transportaban azúcar refinado del fértil Valle del Cauca, bolsas de café de las plantaciones montañosas del Tolima y gran cantidad de hojas de caña que se utilizaban para la elaboración de los sombreros.

No nos encontramos con nuestro arriero sino hasta por la tarde. Por haber viajado sin guía perdimos el camino y dimos con un campamento de ingenieros que construían una carretera. Nos invitaron muy hospitalariamente a compartir su cena y el albergue en la barraca. Prometieron darnos un guía hasta San Luis, adonde tenía que llegar el arriero que habíamos contratado hasta ese punto.

Muy temprano nos despedimos de los amistosos ingenieros, quienes nos agradecieron por haber roto la monotonía de sus vidas en ese lejano lugar. Empezamos a subir por la extremadamente empinada pendiente de una montaña llamada La Cima del Monje. Era sorprendente la habilidad de nuestros animales que, como cabras, trepaban por la estrecha trocha hasta el alto coronado por una roca de color negro que desde muy lejos recordaba la silueta de un monje con capucha. Desde el alto se abría un amplio panorama a las montañas de la cuenca del río Saldaña. El valle del Magdalena estaba oculto por la mole de montañas del Cerro Negro. El cerro por el que subíamos también estaba despojado de vegetación, solamente se veían en los barrancos los matorrales de Copey (*Clusia*) de verdor perenne o ramas de cachimbo de un rojo encendido.

El oasis verde de la panela

Después de ocho horas de un viaje agotador por las empinadas subidas y vertiginosas bajadas, al fin llegamos al oasis verde de San Luis, donde encontramos posada en la casa de un comerciante local. Pero nuestro arriero no aparecía y empezamos a preocuparnos seriamente, ya que todo nuestro equipaje personal y el de la expedición estaban en sus manos. En caso de su pérdida tendríamos que regresar. Solo al anochecer escuchamos el ruido de los cascos, nos asomamos por la puerta y vimos con alivio a Antonio moviéndose a duras penas y llevando de las riendas a una mula cargada. Resultó que Antonio, por ser un arriero inexperto, tuvo problemas con la carga durante una subida y esa fue la razón de su demora.

Nuestro anfitrión, don Basilio, era dueño de grandes plantaciones de caña de azúcar. El azúcar refinado se consume en Colombia solamente en las ciudades. En la provincia se usa la

panela que es un jugo concentrado de caña de azúcar. El tronco de la caña se corta en su parte más baja, se le quitan las hojas y se lleva a una fábrica que está compuesta de una bodega en cuyo centro está ubicado el trapiche. En la tierra está fijado un poste redondo, a los lados del cual giran dos rodillos verticales. Dos hombres se sientan uno frente al otro. Uno de ellos introduce un extremo de la caña en la ranura entre los dos ejes que el otro recibe, y mete el otro extremo del tronco en la otra ranura. Cada junco se exprime tres o cuatro veces, hasta la última gota.

El mecanismo se pone en movimiento por una mula que corre dando vueltas y por un niño que la apresura siguiendo los pasos. El jugo exprimido sale de una superficie cuadrada y cae en unos baldes. Luego pasa a una caldera, donde es llevado a ebullición por dos o tres horas. Sometidos al fuego que produce la quema de los restos molidos de la caña, la espuma se quita todo el tiempo con la ayuda de un cucharón ancho de totumo y lleno de orificios; esta es utilizada para la elaboración de una bebida alcohólica. Cuando el aerómetro muestra una temperatura de treinta o cuarenta grados centígrados, el fogón se apaga, el jarabe se deja enfriar un poco y se vacía en unos moldes de madera. La sustancia endurecida es la famosa panela. Esta se corta en pedazos de aproximadamente dos libras, se envuelve en hojas de bijao y se pone a la venta. Es evidente que la fabricación es bastante primitiva, utiliza solamente el 30 % del jugo exprimido.

Don Basilio antes era un comprador mayorista de varios productos tales como café, vainilla, que crece allí en estado silvestre; cera vegetal, que se extrae de las semillas de un pequeño árbol que crece en las montañas y que es familiar a nuestra *myrica*²⁰ oriunda de lugares pantanosos, y hojas de pindo que es una especie de caña que es utilizada para la fabricación de sombreros. Este hombre es también un prestamista que abarca no solo a San Luis sino a todos sus alrededores. Al día siguiente nos ofreció un arriero con una mula y después de despedirnos continuamos el viaje hacia la cordillera.

20) N. del E.: *myrica* es un género que tiene entre 35 y 50 especies de árboles pequeños y arbustos pertenecientes a la familia de las miricáceas.

Sin leche entre miles de vacas

Las cuestas inferiores de la montaña estaban cubiertas por pastizales de poca calidad. Había poco ganado y era usado solo para la producción de carne. Por eso los terneros pastaban junto con las vacas, y por la noche era imposible encontrar un vaso de leche a ningún precio. Durante la noche los terneros eran separados de las vacas, estas por las mañanas eran ordeñadas. La carne de res en Colombia era dura; por eso las intenciones de organizar una industria de conservas, según el modelo argentino, no tuvieron éxito.

Más arriba de los pastizales se veían lugares talados que se extendían por las pendientes hacia arriba, dejando tras de ellas prados secos en los que predominaban pastos no comestibles, o desérticos y empedradas pendientes, que se derrumbaban en época de lluvias. En algunos lugares había muchos helechos. Esporádicamente atravesamos sectores con bosques intactos. No subimos hasta los páramos, que son lugares absolutamente privados de vegetación. Por el camino se encontraban unas fincas solitarias, cuyos dueños se dedicaban a la ganadería o al cultivo de café. Pero por extraño que parezca, era muy difícil recibir una taza de café allí. En vez de este, ofrecían un empalagoso chocolate cargado de especias. Una vez tuvimos que pasar la noche en una choza completamente llena de bultos de café, pero tuvimos que rogarle a la dueña para que nos preparara café en vez de chocolate. Los granjeros son muy acomodados, pero el resto de la población, que es muy escasa, es miserable y trabaja exclusivamente para ellos.

No voy a describir el camino hacia el sur de Atá, adonde íbamos a investigar los árboles de caucho que crecen en ciertas zonas de la cordillera central. El recorrido, que duró tres días, fue largo y fatigoso, pues se complicó debido a las continuas y fuertes lluvias. Es poco probable que algún investigador europeo haya pasado por allí.

Nuestras reservas de conservas se habían agotado y pasábamos hambre alimentándonos con chocolate, bananos y con una insípida sopa de carne muy dura. Yo no podía ver esa carne que me provocaba náuseas, después de haber pasado una noche en una casa llena de pedazos colgados de carne que al secarse llenaban nuestro albergue nocturno de hedor.

La prisión ejemplar

Por eso nos alegramos de poder descansar en un espacioso y bastante limpio hotel ubicado a orillas del río Atá. El dueño del hotel, un servicial español que lucía esplendorosos bigotes, nos ofreció una rica sopa de pollo con arroz. Luego preparamos un té y reposamos plácidamente rodeados de una multitud de gente curiosa que estaba reunida para conocer a los rusos. De esta recibimos la información que necesitábamos sobre las plantaciones de caucho. Un viejo cauchero que se encontraba allí se ofreció como guía por las montañas.

Al regresar de las montañas nos dirigimos río arriba y visitamos una prisión departamental para delincuentes comunes. La prisión disponía de 5 000 hectáreas de tierra, la mayor parte de la cual estaba ocupada por plantaciones de café, maíz, yuca y frijol. Reinaba un orden ejemplar, el trabajo lo realizaban únicamente los reclusos. La mayor parte de los ingresos iba al erario departamental. Todos los gastos para las veintiocho personas no superaban la suma de \$ 8 000 . El régimen era relativamente suave. Los reclusos disponían de una amplia libertad y había muy pocos guardianes. Después de haber visitado esta cárcel, nos dispusimos a conocer las minas de oro explotadas por una concesionaria inglesa, pero la tempestad que se desató nos obligó a regresar.

Las semillas de cauchos y caracteres no descifrados

Nosotros empezamos a prepararnos para el viaje de regreso definitivo después de haber secado las semillas del árbol de caucho. El señor Dussan, un rico empresario local, nos prestó una gran ayuda durante nuestra estancia allí. Sus plantíos consistían de unos extensos cafetales que contaban con 40 000 árboles; 12 000 de los cuales estaban en proceso de fructificación. La cosecha fue muy buena ese año. Sin embargo, las plantaciones que vi no estaban en buenas condiciones.

El señor Dussan nos ayudó en la búsqueda de una mula y el arriero. Y emprendimos el viaje de retorno hacia la ciudad de Paipa, ubicada en la cuenca del río Magdalena. Otra vez tres

días de un viaje fatigoso. Paipa está localizada entre sabanas y bosques de palma de aceite. Pasamos la noche en un hotel y a la luz de la luna salimos de Paipa hacia Natagaima. Ese trayecto tenía fama de ser muy caluroso, tuvimos que recorrer sesenta kilómetros. Todo el día anduvimos por la sabana, a veces a través de desiertos pedregosos. Nos detuvimos solamente dos veces durante el camino: una vez cerca de La Piedra de los Indios, que era una inmensa roca cubierta de unos caracteres indígenas no descifrados hasta el momento.

Otra vez hicimos una parada para hacer un corto descanso y desayunar a la orilla de un río. La región estaba poco poblada. A medida que nos acercábamos a Natagaima se veía cierta animación. Era domingo y los campesinos regresaban de la feria en la ciudad. Entre ellos había muchos balseros que transportaban por el río sus productos a la feria. Estos hombres llevaban los remos sobre los hombros y cargaban sus compras alegremente. Muchos de ellos estaban borrachos.

En Natagaima terminaba nuestro viaje. Dentro de dos días regresaríamos a la capital de Colombia primero en bus, luego en tren. Atrás se quedaban dos meses y medio de travesía.

Nos tomó una semana organizar, empacar y enviar los materiales. Nos visitaron numerosos amigos que alcanzamos a conocer. Llegó el día de la partida. Con Pablito, quien me acompañaría hasta Venezuela, nos dirigimos a Girardot en el tren nocturno. A la mañana siguiente debíamos tomar el barco expreso. Después de una noche en vela en la oscuridad del amanecer, nos sentamos en las rocas talladas por las olas del río Magdalena, que reemplazaba el desembarcadero, a la espera del barco que estaba terminando de cargarse río arriba. Aunque el tiquete fue encargado en Bogotá a través de una agencia, supimos que no disponía de un camarote y teníamos que conformarnos con la estancia en la cubierta. Afortunadamente eran apenas seis horas de viaje hasta Beltrán, donde tomaríamos un tren hasta La Dorada.

Acogedora Mariquita

El nivel del agua en el río no era muy alto, pero navegamos felizmente hasta Beltrán. Durante el recorrido tuvimos la oportunidad de observar las pintorescas orillas de esta parte

del río Magdalena, llena de numerosos rápidos y bancos que durante el viaje hacia Bogotá no pudimos ver por ser de noche.

En Beltrán tuvimos que pelear los puestos en el tren y alcanzamos a entregar nuestro equipaje poco antes de la partida. De nuevo pasaron rápidamente ante nuestros ojos las sabanas de Beltrán; el curioso Llano de Garrapatas, rodeado de rocosos cerros con sus bosques de palmeras, luego, la acogedora Mariquita con sus abundantes plantaciones de piña, naranja y otras frutas tropicales. Levantando nubes de polvo nuestro tren corría por la llanura y por la tarde llegamos a La Dorada, donde nos apresuramos a tomar el barco. Nos dieron los camarotes que fueron pedidos en Bogotá, pero para conseguir los tiquetes, Pablito tuvo que librar una verdadera batalla en la caja. Finalmente, este regresó con las costillas maltratadas, pero agarrando triunfante los papelitos rojos que eran nuestros tiquetes.

Esta vez también tuvimos percances durante el camino. Encallamos dos veces en el río. Yo era el único extranjero en el barco. El resto eran colombianos que pasaban el día y gran parte de la tarde jugando cartas. A veces Pablito se sentaba al piano, las mesas en el comedor se ponían a un lado y empezaba el baile con el foxtrot, el tango, etcétera. Un joven pintor que viajaba a Madrid para perfeccionar su arte resultó ser el bailarín más virtuoso y además el conquistador de los corazones de las encantadoras colombianas.

Los paisajes incomparables del Magdalena

Diariamente admiraba, durante largos ratos, los incomparables paisajes del río Magdalena y, con cierta tristeza, me despedía —probablemente— para siempre de Colombia. Jamás se borrarían de mi memoria los recuerdos de los meses que pasé ahí. Ese país, rico en recursos naturales, tales como platino, oro, esmeraldas del famoso Muzo²¹, grandes reservas de petróleo, y con la laboriosidad de su gente, que reina en iguales proporciones en todo el país, es digno de un mejor destino.

21) N. del E.: es un municipio colombiano que se considera «la capital mundial de la esmeralda».

Los colombianos son conscientes de su retraso, en ocasiones se ríen de ellos mismos y con humildad esperan la salvación proveniente del exterior. En realidad, ellos son incapaces de cambiar el estado actual de las cosas y por eso temen instintivamente a la invasión de los yanquis, del todopoderoso dólar que paulatina, pero certeramente se abre paso en ese país.

Hay colombianos que creen que una ola de inmigrantes puede sanar el país, y de todas las formas posibles patrocinaban esta inmigración. Las leyes de ocupación de las tierras estatales libres ofrecen muchos privilegios. Cualquiera puede—sin previo permiso— establecerse en ella y apropiarse de tanta tierra como permitan las fuerzas o el capital. Al paso de cierto tiempo, se adjudica, no solamente ese terreno sino una extensión igual a la ya obtenida. El tiempo de la naturalización es muy corto y el cumplimiento de las formalidades es muy simple. Pero allí emigran pocos, principalmente alemanes e italianos. Todos ellos se enriquecen rápidamente y en pocos años disponen de una riqueza de decenas de miles de dólares.

El Gobierno está ausente. El país casi no tiene buenas vías de comunicación, ya que los caminos que recorrimos no eran mejores que los de la época colonial. En algunas partes, las carreteras se encontraban en el estado en el que las habían dejado los conquistadores. Las empresas estatales —todas— no son rentables. La ausencia de la solidaridad en la política económico-financiera entre algunos departamentos desorganiza por completo las iniciativas del Gobierno.

V. Despedida

¡Adiós, bella Colombia!

De otro lado, la capital de Colombia comenzaba a perder su antigua importancia de «Atenas suramericana», que era el semillero de la cultura espiritual. La influencia de los Estados Unidos en este aspecto era evidente.

El país mismo, debido a la explotación irracional de los recursos, iba con paso gigantesco hacia la deforestación que con el estado climático actual, amenazaba hacia el futuro con múltiples y desagradables sorpresas, tales como el descenso de las aguas de los ríos, el rápido empobrecimiento de los suelos y la transformación de regiones enteras en áridos desiertos.

Rápidamente pasaron los días de la navegación por el río y al fin llegamos a Barranquilla, donde hacía medio año habíamos comenzado el recorrido por Colombia. En el confortable hotel Suiza esperamos la llegada de nuestro barco.

La víspera de la partida la pasamos en un hotel alemán en Puerto Colombia, cerca del mar. Aprovechando la ocasión nos bañamos en las aguas del mar Caribe antes de embarcarnos. El transbordo sucedió torpemente y con mucho alboroto. Por fin todo terminó y nos encontramos en un confortable, aunque un poco estrecho, camarote del barco francés. Quedaron atrás las formidables aduaneras y, después de levantar el ancla, nuestro barco lentamente se alejó del muelle llevándonos a lo largo de la costa norte de Colombia con rumbo hacia Venezuela.

¡Adiós, majestuoso Magdalena! ¡Adiós, bella Colombia!

Fue publicado por la Sociedad Bolivariana de
Colombia en el marco del Bicentenario de la
Independencia de Colombia, impreso en los talleres
de Gente Nueva en marzo de 2019

¡Adiós, bella Colombia! recopila las memorias de una misión científica rusa que arribó a Colombia en 1926, la cual estuvo entre nosotros durante casi dos años. Originalmente escrito en idioma ruso, fue traducido y publicado en oportunidades anteriores. Esta nueva edición publicada en formato impreso y en formato digital tiene por objetivo ampliar su divulgación y potenciar su contribución didáctica.

La Sociedad Bolivariana de Colombia considera que los comienzos del siglo veinte están atados de manera importante a lo que fueron —en el siglo diecinueve— las gestas de la independencia de los cinco países liberados por el prócer Simón Bolívar: Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia.

Estos países, sumados a otros de Suramérica y del continente latinoamericano, se convirtieron en objetivo político y económico de —por lo menos— tres grandes bloques: los Estados Unidos de América, los imperios europeos en liquidación y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Más adelante serían del interés de China continental y de la Cuba de los Castro.

Así las cosas, es imprescindible para los estudiosos de nuestra historia y para los responsables por el futuro de la patria conocer las experiencias de la expedición aquí narrada y lo acaecido en nuestro territorio, de manera que estas aporten elementos de análisis y valoración del pasado para diseñar el futuro.

Sociedad Bolivariana de Colombia
Presidente, Miguel Santamaría Dávila
Editor y miembro honorario, William R. Fadul

